

Alberto
Masferrer

EPISTOLARIO
TOMO I

Luis R. Huezo Mixco
(Editor)

UNIVERSIDAD SALVADOREÑA ALBERTO MASFERRER

Masferrer Editores, 2023

Obras completas de Alberto Masferrer

©Masferrer Editores.
Todos los derechos reservados

Diagramación:
Luis R. Huevo Mixco

Masferrer Editores
Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer
19 Avenida norte, entre 3a calle poniente
y Alameda Juan Pablo II, San Salvador, CP 1101

1a. Edición
2023

Alberto
Masferrer

EPISTOLARIO
TOMO II

Luis R. Huevo Mixco
(Editor)





Cartas a Hortensia
(1926-1927)



17 de septiembre de 1926

Hijitas, recibí ayer el té, las galletas, y las amadísimas y mil veces benditas cartas de ustedes: lluvia refrigerante sobre tierra sedienta. Llevaba ocho días de no dormir sino por momentos; estaba extenuado y desesperanzado, sin fuerza y sin voluntad. Ahora me siento otro, y en este momento, las ocho y cuarto de la mañana, pensando en ustedes, presiento que la vida aún me dará algo que me haga olvidar tantas tristezas.

No les contesto sus cartas todavía, pues tengo ansia de que sepan de mí, y de contarles algo que ignoran. Después les escribiré a cada una, larga, largamente, y le diré cuánto las amo, cuánto las venero, cuánto las bendigo, y que gratitud indecible siento por ustedes.

No tengo idea ninguna de cuánto ni en qué condiciones regresaré: ya no tengo casa; me echaron, dura y definitivamente, y hasta con desprecio y vilipendio. Calle y partí. No hubo gracia ni siquiera para mi muchachita, con quien la única relación que se me permitía, era enviarle algún dinero por medio de su tía. Cuando yo estoy ansioso de intervenir en su vida y en su educación; ¡ansioso de mimarla y de hacer que me ame!...

Al momento de despedirme, se me dijo que, si intentaba volver bajo el mismo techo, debería tener entendido que sería sin Ult. y sin Michelsen.

Ese día, a las ocho de la mañana, me hallé, pues, en un tren de ferrocarril, con dos pequeñas maletas, solo, desamparado, yendo en busca del mañana, como cuando tenía 18 años. Solo que ahora, cansado, triste, y dejando atrás un pasado de 31 años, que yo traté de hacer fecundo y bueno según mis fuerzas, y que ha parado, como todas mis empresas, en una derrota.

Heme aquí, pues desterrado, desconcertado y sin plan alguno para el porvenir. No puedo aún trazarme un camino, pues mi cansancio de cuerpo y de espíritu es inmenso. Pero sí sé que mi vida ha cambiado: comienza para mi otro camino, mi verdadero camino; una órbita en que ninguna fuerza extraña influirá, y en que mi Dios y mi conciencia serán los únicos jueces. ¡Soy libre! He comprado, hijitas, la cosa más cara de este mundo, la perla única, la libertad; pero la he comprado a precio tan alto, tan doloroso que por momentos siento que más habría valido comprar la muerte...

¡Cadenas! ¡Opresión! ¡Estrujar corazones y pensamientos! Convertir las almas en estropajos, y convertir a los espíritus en pasta vil en que cada uno pretende imprimir sus antojos, ¡sus bellaquerías y sus estupideces! Y decir que así nos pasamos la vida, ¡esclavos de la más vil esclavitud!...

Yo, mientras viva, no admitiré más grillos, y si puedo cumplir alguna misión en el mundo, será la de quebrarlos todos, todos, desde los de la religión hasta los de la ortografía. He de vivir sin leyes, sin imposiciones, sin miedo alguno al qué dirán y al que pensarán; he de vivir por gracia y no por ley, acatando mi voz interior y no las de afuera, y dispuesto a ser más bien malvado según mi corazón que santo según la voluntad de los demás.

Odio con todas mis fuerzas la opresión, con odio y cólera, con indignación y exasperación. Y estoy convencido, absolutamente convencido, de que ninguna cadena se afloja mientras uno implora justicia y compasión; se aprieta o se mantiene, hasta el momento en que uno se resuelve a quebrar sus grillos con sus propias manos.

Aquí estoy, hijitas, carísimas, con todo lo que tengo: unos diez libros, mis papeles -las escasas cartas que no destruí, y mis manuscritos-. Quepo todo yo en dos breves maletas, y puedo ir fácilmente a cualquier parte, casi como una hoja. Como no podía decirle adiós a Ult. me fui al Parque Barrios, la víspera de venirme, -después de no ir en ocho meses-; y allí me estuve, al sol, en la banquita preferida, y recé fervorosamente, y perdoné todo, todo, y pedí perdón de todo. Cogí del suelo una ramita de aquella gravilea, y me la guardé en el bolsillo. Y ante mi señor El Sol, renové todos mis votos, y pedí luz para cumplirlos. Ya ves, hijita mía...

Temí que hubiera sucedido allí algo desastroso, y por eso mi primera carta a Michelcita, fue tan breve y reservada y tan seca. Era necesario escribir en términos de toda prudencia. Así lo hice, precisamente cuando mi corazón desbordaba, y cuando habría querido inundarlas con mi ternura...

Mechecitas, aquí tengo cien colones que N. Me ha anticipado, para enviar a tu hermanita. Aquí no hay agencia bancaria y es imposible girar. ¿Puedes, linda, hacer esa operación por mí? En cuanto me contestes te enviaré ese dinero, por giro postal. Dime si hay que tomar precauciones, para enviar la carta.

Mi mamá y N. están dichosísimas con la Nena. Ya vamos a ver que hagan las reproducciones, para devolverles el retrato.

Ultensia, aquí en esta casa, te aman y te veneran: mi mamá y N. no cesan de repetir que cualquiera paz y ventura que venga para mí, son obra tuya; que has sido mi ángel redentor. ¡Que mentira, verdad! Yo les hablo a cada instante de ti, de todas tus maldades y absurdidades- pero es inútil, pues te

quieren más cuanto más les pinto tus inmensos defectos. N. no quiere que le digas niña N, pues eso le hace el efecto de sentirse muy distanciada de ti, cuando ella te quiere tan cerca. Luego te escribiré.

De mis dos queridísimas nenas: Bertita y Mechecitas, conversaremos sin tregua. Hay proyectos de enviarles a las dos no sé qué cositas.

Para escribirme a esta, no hay necesidad de certificar las cartas: llegan perfectamente, y aquí es para toda una fiesta que vengan.

Mechecitas, te contaré mi vida como lo deseas, en cartas semanales, y te la contaré finalmente, con entera verdad, a lo María Baskirsef, como yo soy capaz de hacerlo y tú de comprenderlo. Y de una vez, en las mismas cartas, te diré las ideas que deseo que influyeran en tu vida. Tu deseo de conocerme íntimamente, y tu amor a mi Nenita, son vínculos que nada en esta vida, nada, fíjate bien, podrá romper ni debilitar. En el pequeño mundo que yo amo y adoro, en mi pequeño y divino mundo; en mi santuario, a donde no entro sino con el alma devota y purificada, está Él, en primer lugar; después, mi H; luego mi Nena y tú. Si me llegas a sentir tu padre como yo te siento mi hija, sabrás como te soy devoto.

Esas manos que te golpearon y esas uñas que hirieron tus brazos, me arrancarían maldiciones, si nosotros, pudiéramos maldecir. ¡Pobres Señoras! Decir que tienen en sus manos dos perlas, dos almas sin iguales, ¡y su ceguera es tal que las tratan como si fueran pedruscos! Pero ustedes, hijitas mías, no den cabida al odio. Firmemente, y silenciosamente, vallan rompiendo el yugo: exijan respeto; libérense poco a poco, sin discutir nada, sin pedir libertad. Hay que tomarse las libertades, y después, dar por única razón que ya está hecho. Cuando menos se hable y más se actúe, mejor. Si J. se pusiera de parte de ustedes, con esa misma actitud firme, respetuosa y serena, creó que valdría de mucho. Conquisten a todo trance la inviolabilidad de su correspondencia y de su habitación. Las cartas de uno y el cuarto en que vive, son sagrados aún sin ser unas niñas como ustedes, mayores de edad y excelentes en conducta.

Tengo un plan sobre esto, que estoy meditando. Si no logran que las respeten más- siquiera lo indispensable- se los diré: no es imposible, ni aún muy difícil arreglar esto.

Ayer telegrafíe a H. que no enviara los artículos de la Prensa. Ya veremos lo más prudente.

Bertita ha de estar muy enferma para no ir a verlas. ¡Pobrecita! No me la olviden.

¿Puedo escribirles con toda seguridad? ¿Cómo hay que hacerlo?

Interrumpo ésta para llevarla ya al correo y que la reciban hoy mismo.

Avíseme mañana temprano al recibirla, por telégrafo. Mi casa está muy cerca del teléfono. Las dos de la tarde, o mejor la 1. $\frac{1}{2}$ son buenas horas para llamarme.

Hasta luego, hijitas muy amadas, mi buena y generosa Mechecita, mi divina y adorada Ult.

Hasta luego, y benditas sean.



20 de septiembre 1926.

Hortensia, mi hija muy amada:

Gracias a Dios que hayas dejado la universidad ahora, después de tomar un largo descanso -unos tres meses-, a ver si organizas tu trabajo de manera que solo estudies lo que te interese verdaderamente; lo que haya de servir con eficacia, para ti y para los demás.

Hay que concentrarse: la dispersión del pensamiento es un gran pecado, es el camino seguro de la mediocridad y el fracaso de las más visibles facultades es no responder- voluntariamente- al llamamiento interior, a la vocación. Pero no hay trabajo organizado ni fecundo para quien no logra ser dueño y señor de su vida. Si permites que a toda hora y por cualquier motivo pueda quienquiera ocuparte las horas con tontas o perversas charlas, no llegarán a nada. Es una desdicha, Es degradante que uno sirva de instrumento, a los que se aburren y van a casa ajena a repetir las mismas ineptias dichas ya cien veces; a murmurar a decir refranes y dicharachos, a contar sus méritos, a enaltecer sus bondades, a referir bellaquerías.

Por insignificante que sea esa gente, aún resulta más insignificante quien le sirve de víctima, de pasatiempo.

Hijita, reflexiona esto bien, que es grave: estar oyendo necesidades le vuelve a uno necio; si de veras quiere uno hacer de su vida una obra de arte o de bondad es indispensable ser uno quien rija su tiempo, sus lecturas, sus amistades, sus visitas. Sobre todo, su tiempo: debe uno hacer triunfar, a toda costa, su derecho a fijar qué días y a qué horas recibe; qué libros estudia; a qué gentes trata; qué ideas acepta y cuáles no. Si esto no se logra en una medida siquiera relativa, la vida es un fracaso, y ni siquiera un fracaso trágico, sino un fracaso tonto.

Mi correspondencia con ustedes, debe ser una conversación. Cómo estamos los tres en un mismo plano espiritual; como anhelamos y creemos lo mismo, resulta muy fácil entendernos, y reanudar de una carta a otra, el

mismo asunto, y abordar la idea que se contemplaba.

Así, se escribe largo o corto, según el tiempo de que se dispone y según el ánimo, y así, mantenemos nuestros vínculos espirituales que tantos dolores nos cuesta, pero qué tan bellos instantes nos han dado. Así, aun lejos, aun teniendo en contra mil fuerzas adversas, los tres somos uno, y nuestro cariño es pensamiento y adoración.

Para facilitar este sistema de cartas, podrían ustedes enviarme una copia de los trozos que en las mías se encuentran, necesitados de ampliación, o de seguirse pensando- Yo, de alguna manera indicaré a qué idea o frase de las de ustedes me refiero.

Me encanta pensar que, de ese modo, sigo desde aquí, en aquella mecedora junto al sofá, y viendo desde mi silla el jazmín presenciar, la dulce conversación de los domingos por la mañana.

El té y las galletas, deliciosas; sólo que mamá y Nela se han declarado contra toda mi voluntad, entusiastas celebradoras y por cada tacita que yo bebo, ellas se beben diez. Si esto sigue, emigraré con mis dulces galletitas y mi tecito inspirador.

Ayer sufrí largamente el escozor de amargos pensamientos... ¡qué dolor hacer sufrir a otros, sin deseo ni intención ninguna de hacerles sufrir; ¡qué innumerables obstáculos entre los que se comprenden y aspiran a compenetrarse!, y qué facilidades enormes y sobradas entre aquellos que se juntan y se buscan por nada y para nada. Desde hace más de un año me obsesiona este pensamiento: qué tú, hijita, estás siempre accesible a cuánta gente quiere verte, sin amor, sin objeto, sin aprender nada de ti y sin enseñarte nada; sin anhelos y sin resultados. Mientras que yo que necesito oírte, y a quien tú necesitas oír, nunca he podido sino por breves horas, por instantes a veces, comunicarte ideas, sentimientos y propósito que, por lo menos, harían mejor a uno de los dos. Incomprensión y trivialidad: este es blasón de la vida social, y con el aplasta a los que no se le sujetan y a los que no saben mentir, ¡en fin!...

Mechecitas, lo de escribir mi vida a los María Baskirsef fue un rasgo de orgullo y tontería. En sí, ninguna vida es interesante, puesto que dolores, aventuras, opresiones y sacrificios, lo mismo que venturas y prosperidades, se han repetido mil veces en la vida.

Fíjate bien, linda, que, al cabo, la tal Baskirsef, nada nos enseña, fuera de su inútil sinceridad. Si no se confiesa uno como San Agustín, que se confiesa al mismo tiempo que se convierte, que se santifica, es inútil confesarse.

Referir mi vida, por lo que tiene de curiosa, de aventurera, no me hace gracia: por eso hay novelas muy interesantes.

Ordenar sucesos para que me sirvan de pedestal; para mostrarme como un mártir, como un perseguido o incomprendido, sería el colmo: Las quiero a ustedes mucho y las respeto mucho para cometer esa atrocidad.

Así, pues, el problema se plantea así:

Una vida tiene, necesariamente, una idea directriz, un hilo que engarce los sucesos y las impresiones, y que, si se comprende, le da unidad, razón de ser, y finalidad. Pero esa finalidad -dice Schopenhauer-, no se advierte por uno mismo sino cuando la vida está a su término, ya en la cima del monte, y cuando la proximidad de la muerte aclara la visión y serena la mente y apacigua el alma.

Puede uno fácilmente comprender y relatar la vida de otro; pero la propia, no: si se hace, resultan obras llenas de soberbia, de vanidad, de mentira constante, aunque involuntaria.

¿Estoy, pues, discurriendo qué idea directriz podría yo encontrar que justificara el relatarme?

Mientras la encuentro, adviertan que escribir sólo para ustedes, y que no me hace ninguna gracia que le den mis confidencias a un extraño para que hile con ellas una trama: si mi vida ha de ser contada por alguien -con mi anuencia y colaboración-, quiero que lo haga Hortensia o Mechesitas o las dos juntas. Sería para mí una dicha muy grande.

Ultensha, van por correo “Los Héroes” de Carlyle; “Guerra y paz” de Tolstoy y “Vida de Jesús” por Renán, -edición revisada por el autor- todos, bellísimos y profundos.

En otra carta diré algo que te sirva de guía, sobre los dos primeros.

Los retratos de mi Albertina Elizabeth, estarán a fines de esta semana. No deseo ya ocultar, -ni lo necesito, Bendito sea Dios-, que esa criatura es mi hija. Hora por hora crece mi amor por ella, y se va convirtiendo en mi preocupación constante. ¡Pobrecita!

Se me ha prendido la idea de que será una gran pianista, una reveladora de nuevas formas y pensamientos musicales. ¿Chocheces? Tal vez... ¿Pero qué padre no las tiene?

Mi dulce nenita... Si lograra yo hacerme perdonar y luego amar... Estoy ansioso por enviarle ya algún dinero. Sólo aguardo la respuesta de Mercedita.

Envíame, Hortensia, la lista de libros, de todos, míos y tuyos, que pueda yo leer. Pasara tiempo sin que yo compre, y necesito que tú me proveas. Todos te serán devueltos, una vez leídos. Estoy bien: es decir, como, bebo, y aun duermo algo. Pienso, recuerdo y sufro. Anoche, recé; no, esa palabra rezar me repugna: oré, como raras veces puedo hacerlo; con absoluto

desinterés y profunda tristeza.

Adiós... esta hojita de rosa-té, lleva encargo de contar lo demás.

Me encantaría que firmaras tus cartas, Helia, si no deseas firmar Hortensia. Te ruego avisarme siempre el recibo de mis cartas. Un telegrama o una postal.

¿Puedo con seguridad y confianza escribirles? ¿A qué dirección?, etc,
¡Esperanza...!



1 de octubre 1926

8:30 am.

Buenos días, hijita, y que el Señor te guarde y te proteja, junto con tu dulce hermanita. Vengo de ver el sol un momento, y viéndolo, pienso, naturalmente, en mi Helia bien amada.

No vino ayer la carta tan ansiada; ¿Vendrá hoy?

Está muy bien que recites siempre que haya ocasión, si la ocasión es meritoria. Sobre todo, procura recitar para las gentes del pueblo, para esas que no lo leen ni oyen leer. Son quienes más necesitan que el arte les ilumine un poco la vida, y ninguna forma mejor para llevarles esa luz que la palabra viva y cálida; y más si es tan musical como la tuya. ¿Si pudieras, de tiempo en tiempo recitales algo a los reos de la penitenciaría, las muchachas de las escuelas nocturnas, a las reclusas del Buen Pastor? Todo sería asunto de organización conveniente. Por supuesto, habría que buscarles trozos muy emocionantes, muy claros y muy sencillos.

“Los motivos del lobo” es uno de los poemas -fueron pocos- en qué R. Darío alcanzó plenamente a ser gran poeta. Él no le dio más que la forma, puesto que el asunto, completo, está sacado de “Las Florecillas”, su mérito fue hallar la expresión más sencilla para la más honda y santa idea.

Las gentes suelen entender mal este poema; se les figura que es el triunfo del pesimismo, y encuentran la mayor significación en que el lobo vuelva a ser feroz y salvaje, impulsado por la ruindad y la crueldad de los hombres.

Ahora bien, eso no es más que un aspecto -el inferior- del poema. Que una fiera, recién advenida a los peldaños inferiores de la mansedumbre, recaiga en la ferocidad, es muy comprensible y natural. Nos sucede a todos muchas veces; a mí, a cada instante: alzamos el vuelo, impulsados por la

oración, por una palabra, por un ejemplo, por un acto cualquiera de amor, y luego se nos cansan las alas y caemos a tierra. Si yo pudiera juntar los lobos que han vivido y viven en mí, y se tornaran alondras un momento y luego retornan al cubil y a las garras, habría una bandada tan grande, que sus ahullidos se oirían en todo el planeta.

No; lo bello, lo grande, lo profundo de esta poesía es que la fiera haya dejado de ser fiera, atraída por el amor de un solo hombre. Ha bastado un solo corazón, un acto de sincero y profundo amor, la mano del santo acariciando la pata de la bestia, para que esa pobre alma oscura y solitaria, se sintiera humana, luminosa, cordial.

La muchedumbre hizo después que la antigua y aún predominante naturaleza del lobo, recobrará su ferocidad, su bestialidad; el santo había realizado un cambio de naturaleza, una transformación. Podemos decir que el santo creó; mientras que la multitud de hombres-lobos, no hizo sino derribar, destruir.

De tal manera, la idea predominante en ese poema, es el inmenso poder de la cordialidad, la eficacia inconmensurable del amor. Lo otro, es la faz oscura que recobra su imperio, apenas se retira el sol.

Piensa, hijita, más largamente sobre este bellissimo relato, esencialmente budista, y se te revelarán muchas cosas que yo dejo calladas, sobre la verdadera y profunda significación del trozo que van a recitar.

Y entonces, o logras con tu recitación - (al tono, la mirada, la unción, el ademán, la sonrisa, el ritmo)- hacer sentir en su verdadera realidad y dependencia los valores del poema, o antes de recitarlo haces una breve explicación verbal, diciendo como entiendes tú y sientes el pensamiento del autor y la recóndita y más alta significación de la obra.

¿Me contarás lo que hagas, y el resultado?

Vaya, hijita, ya comulgué contigo, dándote, como en días más felices, mi pensamiento íntimo. Adiós, y piensa en mí.

De parte de N. te ruego que nos envíes, en cuanto puedas, una copia de "El Nene estaba enfermo" y de la otra poesía del mismo autor, en que se habla del niño ausente y a quien espera su padre, contando mientras llega, todas las estrellas del cielo. Esos trozos te servirán para sus muchachas de la Escuela Nocturna, que deben examinarse dentro de un mes.

He logrado un adelanto grande en el camino de la vida sencilla: prescindir del colchón para dormir. Durante muchos años lo necesité, por el frío, y por mis nervios doloridos que no sufrían ninguna dureza. Ya no lo ocupo, desde hace doce días, y eso me tiene muy contento; no podría ir a ninguna parte sin el bulto enorme del colchón. Una esclavitud menos y

señal evidente de mejor salud.

¿Y tú hijita, progresas? ¿Vas dejando la carne? Cuéntame todo.

Recibo ahora, 3 de la tarde, carta de Mechecita, fechada el 29, que le contestaré el lunes. Me dice que hoy enviarían la carta para María. Mi Nena les envía a las dos un abrazo muy estrecho, por esa caridad. La tengo a la cabecera de mi cama, la veo mucho, y siempre me pregunta por Ultensia y Mechecitas.

Te imagino, hijita, muy atareada en ese asunto, con tus exámenes y tu recitación, y por eso me resigno a que no me escribas diariamente. ¿Recibiste la mía de ayer, con unas hojitas de rosa? Dime siempre el número de mis cartas, o la fecha.

¿Estás bien? Si te fatigas, descansa, así como el otro día; deberías hacerlo con frecuencia. Las copias para Nela, no urgen tanto.

Procura adquirir en cambio del libro de Lombroso, las Florecillas de San Francisco, edición de Rivas Cherif, en rústica, Camino y Rodezno. Además, la Ley de Asía, que nos falta. Adiós Helia mía, abrazos a nuestra Chatita Baskirshef



19 de octubre 1926

Yo había buscado a Dios por todas partes.

Desde niño comencé a buscarle, y ahora que está cercano el fin, yo sé que nunca busqué otra cosa sino a Dios.

Un día, cansado y enfermo, y sin esperanza ya, me dije: es inútil, no le he encontrado ni le encontraré, porque soy vil y tenebroso. Así, moriré en las tinieblas.

Y me disponía a morir, o a vivir aún algunos años sin buscarle, que era peor que morir.

¡Entonces apareciste tú!

Y en mi surgió la luz, y refloreció la esperanza...

Y me dije: ella lo encontrará para mí; ella buscará en su propia alma, y lo hará florecer, y cuando este ya florecido, ella me lo dará, y yo moriré venturoso, en la paz y en la luz.

Pero tú no descendiste al fondo de tu alma; te quedaste ahí cerca de la superficie, donde no llega sino el ruido que hacen los esclavos y sus amos

pronunciando su nombre.

Tuviste miedo de penetrar en el abismo de tu alma, donde germinan las estrellas, y te volviste murmurando asustada: mañana, mañana...

Y sacrificaste al hoy, triste y vacío, mi corazón y tu esperanza.

Y ahora yo siento que he padecido el gran dolor, el dolor único y fatal, el dolor que no puede curarse ni con lágrimas ni con plegarias ni con blasfemias... El dolor de haber encontrado una estrella que no alumbraba, porque tiene miedo de su propia luz...



24-26 de octubre/1926

A las 9 am.

Helia mía divina y adorada.

Hago el enorme esfuerzo de no leer cien veces tú carta de ayer, y de no escribirte inmensamente de la dicha que me ha traído, para comenzar ya mi contribución a tu conferencia. Pero desde ahora te escribiré todos los días, aunque sean cuatro letras, y cada vez te iré diciendo algo de la ventura. en qué está rebozando mi corazón. Ve, pues, al correo diariamente, hijita mía, para que tu trabajo reciba de mí, a tiempo, lo muy poco que podré darte sobre este asunto, en que yo nunca había pensado. Lo peor es que tengo el compromiso formal de dar, a mi vez, dos conferencias entre diez y el quince de noviembre; que apenas he comenzado a pensar en los temas, y que los temas son difíciles. ¿Qué importa? Tú me ayudarás con tu pensamiento enviándome cada día, aunque sea una palabra en un trocito de papel. Yo estoy seguro de que tu amor hará una vez más la luz en mí, y que todo lo que anhele saber se me revelará al influjo de tus dulces palabras. Hortensia, -déjame que escriba tú nombre idolatrado-, desde ayer a las 7 de la noche, que recibí tu carta, mi vida ha cambiado; nuestra vida ha cambiado. Soy feliz, ¿oyes? ¡Enteramente feliz! Con una felicidad que ya nada ni nadie podrá arrebatarme.

¿Ves cómo no puedo hablarte de este tema de la conferencia, por estar hablándote de mi corazón? Pero no; trabajemos, hijita, y cuando hayas comenzado siquiera tu obra, te explicaré mi alborozo y mi felicidad. ¡Bendiga Dios mil y mil veces a la criatura noble, inteligente y generosa que ha querido ser tu confidente y recoger tus lágrimas! Si ella me quiere por

hermano, por amigo. Dile que yo lo seré hasta la muerte, sin tasa, con toda mi fe y mi voluntad.

Corazoncito mío, escribe en un cuaderno, así a lo ligero todo lo que se te ocurra sobre el tema que vas a estudiar. No importa que sean ideas inconexas, pues sólo se trata de acumular materiales. Escribe hasta lo que te parezca insignificante, y sin fijarte para nada en el estilo. Cuando tengas ya bastantes notas, que, por supuesto, leerás y releerás todo los días; cuando ya se haya formado en tu mente, un esbozo del asunto, -aunque fuera apenas diseñado-, entonces redacta de nuevo las notas, ya en orden, suprimiendo las que halles confusas, o falsas, o no pertenecientes, o insignificantes.

En los primeros diez días de los veinte que nos quedan, lee mucho sobre el tema; no pienses en ninguna otra cosa; duerme mucho, no leas de noche, conversa con Meche citas sobre las ideas que no veas muy claras, para que se te aclaren al decirlas. Sal un poquito cada día a tomar aire libre, y ten fe en que estás haciendo, en que estamos haciendo una obra buena y bella, que dará sus frutos.

En los otros diez días, no leas tanto, sino, más bien, medita. Cinco días antes del señalado para hablar, redacta definitivamente el trabajo, y ensáyalo varias veces, en voz alta, a suficiente distancia. Ensayá, siquiera una vez, a desarrollar el tema oralmente, como si estuvieran dando una clase, y guiándote por un índice de brevísimas notas. Aunque no te decidas a dar la conferencia en esa forma, siempre te servirá de mucho ese ejercicio. Helia nuestro señor te iluminará.

Si quieres, envíame algunos de tus apuntes, los que te parezcan, para revisártelos y devolvértelos inmediatamente.

El tema de tu conferencia, según lo propondría yo, sería este:

“El feminismo legítimo y fecundo, el que está de acuerdo con la naturaleza y con la justicia, es esencialmente, un movimiento para reivindicar en favor de la mujer todo el respeto a qué tiene derecho, como ser viviente e íntegro; como criatura responsable ante Dios y ante sí misma, de sus pensamientos, palabras y obras; como un ser capaz de cumplir sus destinos, por hallarse dotado de todas las posibilidades para cumplirlos; como un ser aparte, como un espíritu distinto que tiene trazada, naturalmente, la órbita en que puede moverse y expandirse.”

Eso, con respecto a sus relaciones con el hombre. Y con respecto a sí misma, “consiste el feminismo, esencialmente en que la mujer adquiere cabal conciencia y consciencia, de lo que es, de lo que puede, y de lo que debe; es decir, de sus capacidades fisiológicas, psicológicas, mentales y espirituales; de sus responsabilidades ante la sociedad, ante la humanidad,

y singularmente, ante el niño a quién trae a la vida”.

Se trata, pues, de un movimiento de liberación, que exige, por una parte, consciencia y conciencia del derecho en que se funda; por otra, de las fuerzas con que se va a operar en la vida, una vez que la liberación se ha ya realizado.

Esto es, a mi entender, filosófica y religiosamente considerado, el feminismo; estas son las condiciones y los fundamentos de su aplicación social. Todo lo demás es secundario, incidental, ocasional; puede o no tener aplicación, según los tiempos y lugares: Votar, estudiar una profesión liberal, manejar sus propios bienes, llevar el cabello corto, las faldas cortas y los brazos desnudos, ir y venir solas y otras muchas modalidades y costumbres y prerrogativas; no son el feminismo sino, meramente, forma de su aplicación, o incidentes de la lucha para realizarlo. Podría todo eso faltar enteramente, y hasta considerarse las formas y prácticas contrarias, como armas y aspiraciones del feminismo, según el tiempo, la ocasión, las resistencias y las ideas ambientales.

En suma, es una etapa más y de trascendencia muy grande, de la gran lucha, dolorosa y secular, contra la esclavitud. Es un movimiento antiesclavista, ni más ni menos, y sus justificativos son el derecho y la capacidad. Derecho, supone organismo funcional; capacidad, supone conocimiento y responsabilidad suficiente para desempeñar la función.

Bueno, amada, amadísima, para siempre Amada Isabel (“Isabel Rivera” - ¿te agrada que te llame así?-, podrías firmar Isabel para escribirme de urgencia en tarjetas postales). Bueno, mi dulce, mi espiritual, mi luminosa Helia. Si pudieras mandarme copia de este tema, así como te lo presento, me servirá para tenerlo presente en el desarrollo. Las notas que en seguida te enviaré diariamente, no llevarán orden; serán simples apuntamientos que tu aceptarás o rechazarás. Lo que sí deseo es que medites bien en el tema, si es que lo encuentras enteramente aceptable.

Desde mañana te enviaré trozos de un libro anti-feminista, en cierto modo, pero muy sugestivo e interesante. Marcaré con una raya, o dos, según, las frases que yo apruebo en esos trozos; con una interrogación, las que hayo dudosas, y con un no, las que rechazo. Lee ese librito con grande atención, pues estamos obligados a conocer las opiniones adversas, si leal y seriamente queremos llegar a una convicción en cualquier asunto sujeto a controversia.

No me escribas largamente estos días, hijita, para que puedas reconcentrarte en tu trabajo; pero sí dime, aunque sea una palabra cada día, para saber que recibes las mías, y que estás bien y trabajando.

Yo también, lucerito mío, tengo confidente, desde que vine. ¿Cómo te imaginas que podría vivir desterrado sin tener con quien hablar de ti, con toda libertad y expansión? Mi hermana, sobre todo, y ha visto varias de tus cartas. Jamás le pagaré su comprensión, su ayuda resuelta, su aprobación fervorosa, y el cariño y la admiración que te guarda: Gracias a ella todas mis cosas están seguras, y mi vida corre aquí sin embarazo; gracias a ella, puedo yo a todas horas nombrarte y bendecirte, sabiendo que hay oídos que escuchan tu nombre con amor. Gracias a ella, no he flaqueado en los momentos difíciles. ¡Y tú, linda ingrata, no le has enviado ni siquiera una cartita!...

Esas florecitas color violeta, son una matita que N. ha puesto en mi ventana. Son flores que se dan silvestres en nuestro pueblo; hoy me ha dicho que te enviara una en esta carta, y ahí va, con todo, todo, todo, y para siempre, para eternamente, el corazón de tu hijito.

Ayer envié extensa carta a Mechecitas. Dime si te la ha mostrado, y dale un cariñoso abrazo.



17 de octubre / 1926.

Tres chère Abeille et Papillon ,

La ley de todo ser, es desenvolverse, en el sentido de su perfección, según la naturaleza esencial de cada uno: el ciervo, como ciervo; el roble, como roble; el hombre, como hombre; la mujer, como mujer. ¿Es la mujer en ser diferente del hombre? Sin duda que sí: con diferencias que nunca se borran, puesto que radican en el alma y en el cuerpo; y cuando se borran, es por degeneración. Diferente, no quiere decir contrario, como se lo imaginan muchos feministas, cuyo ideal sería hacer de la mujer una rival del hombre. Ello es totalmente absurdo: el prurito feminista, de desterrar al hombre de ciertas actividades, de arrebatarle ciertas ocupaciones, revela una radical incomprensión del problema. El hombre y la mujer no son ni pueden ser contrarios ni rivales, puesto que el uno no niega al otro. En el producto de los números, uno complementa al otro, no lo niega. En el pan, aunque la harina es diferente de la sal y del agua, no se combaten entre sí, sino que se integran.

Esto quiere decir, muy someramente insinuado, que el feminismo no debe ser considerado como un problema permanente, como un trabajo

necesario y perenne, llamado a llevar siempre la contra al masculinismo, sino simplemente, como un movimiento de reacción, que tienda a restablecer las cosas sobre sus carriles naturales y justos. Habiendo cometido los hombres la necedad de esclavizar a las mujeres, (esclavizar es impedir el libre y natural desenvolvimiento de un ser. Esclavizar y arruinar son todo uno), hacen bien las mujeres en romper esas cadenas y en volver a la libertad de desenvolverse según su propia ley. Pero una vez recuperada su libertad en la cantidad suficiente, debe cesar toda contienda, y sustituirse por la cooperación, por el trabajo armónico de dos fuerzas que, aunque diferentes, son convergentes. La fórmula es, pues, no el hombre contra la mujer, ni la mujer por un camino y el hombre por otro, sino el hombre y la mujer por el mismo camino, llevando cada uno su aporte natural, para bien de la familia, para el niño. El mismo espíritu que anima a las abejas en servicio de la colmena, debe animar al hombre y a la mujer en servicio de la célula social que es la familia (la verdadera y eficaz familia).

Tan necio y grotesco y dañoso como contraponer el hombre a la mujer y viceversa, es el afán mujeril, de feministas incomprensivas, de volverse hombres. Una mujer ahombrada es tan antipática y absurda como un hombre afeminado: mujer marimacha, y hombre nagüilón, son términos groseros, sin duda, pero muy exactos y expresivos. En ambas cosas hay una perversión, un fracaso, una desviación del ser. Sin embargo, hay ahora una tendencia creciente a convertirse las mujeres en hombres: allá van gran número de sports o deportes; la militarización de las niñas y las jóvenes de las escuelas; el oficinismo cuando es exclusivo y absorbente; los oficios muy pesados; la politiquería; la dirección de vastas empresas industriales y bancarias; y en forma singularmente idiota, el beber licores, fumar cigarrillos, jugar “póker”, jugar futbol, asistir al box, ir al teatro a deleitarse con la “Duquesa del Bal Tabarin”, y reunirse en tertulia a contar cuentos verdes, tan inmundos como estúpidos.

Y hasta aquí, por hoy.

Hijita mía, suave y blanca, ya ves que este endiablado asunto se nos hace de día en día mas escabroso. Yo, siendo prácticamente feminista radical, nunca me había preocupado de lo que esto podría ser como filosofía. De manera que ahora que se trata de definirlo, me encuentro sorprendido por dificultades insospechadas. Me asusto de sugerirte cosas que no tengo tiempo de controlar ni rectificar; me inquieta pensar si estarás como yo tan escasa de nociones en esta materia. Deberíamos convenir entre los dos, de manera cierta e inmutable, en no comprometernos nunca, por nadie ni por nada, a disertar sobre un tema, sino contando con cuatro semanas de preparación mínima. Ya ves, linda, que sólo encontrar la forma real y

única de las ideas, quiere mucho tiempo; ¡cuánto más si hemos de hacer del mismo tiempo el estudio de la ideología! Cuando se trata de un asunto bien estudiado, bien conocido, pueden bastar dos semanas, y hasta una, digamos, si fuera un tema familiar, que dominemos enteramente, pero de otra manera, no.

En el ambiente mental que nos rodea, hijita querida, errar y acertar, son casi lo mismo; el criterio es salir del paso. Decir bien o mal, pensar bien o mal, divulgar absurdidades o repetir lugares comunes, todo es lo mismo. La gente no tiene conciencia mental, y no se ve en esas cosas sino una ocasión de fiesta, de charlar, de novelería. Pero tú, hijita, tu sacerdotisa de Helia, tú estás obligada a otra cosa. ¿Verdad, hijita mía?

Bueno, mañana irán nuevas notas, y el resto del librito que he comenzado a enviarte. ¿Has hallado algo aprovechable en mis sugerencias o en esos recortes? Dios lo quiera.

Conviene ir pensando sobre esto: ¿Cuáles serían los mayores beneficios que podría aportar el feminismo al concierto social? ¿En qué relación se halla el feminismo con el imperio de la moda? ¿Puede la mujer sin firme y espiritual cultura, ser un factor aprovechable en la revolución feminista? ¿Le debe la humanidad, hasta hoy, alguna gran conquista espiritual al feminismo? (No a la mujer, aisladamente, ni a un grupo de mujeres impulsadas por deberes religiosos, sino a la acción combinada y orientada de los feministas, impulsados por la doctrina feminista) ¿Hasta dónde convendría que las mujeres continuaran modelando libremente su vida? ¿Puede nuestra legislación salvadoreña considerarse como favorable o adversa al feminismo?

Pienso en el anillito que te obsequió tu dulce amiga: Yo también, dentro de poco, no estaré tan pobre, y mandaré a fabricar una para ti, de oro muy puro, símbolo de la luz del sol, con una piedra azul, símbolo del espíritu. Y le llamaré el anillo de Helia.

¿Sería inconveniente que yo le enviara un libro y recortes a tu gentil amiguita? Hasta mañana, hijita mía, santita mía. Perdona que no te escribo largamente; estoy cansado y triste. Pero en el horizonte se anuncia una Aurora, y entonces...

Abrazo cordialísimo a la Chatita Baskirsef.

Adiós.

¡A las 12 y $\frac{3}{4}$ vino tu dulcísima cartita de ayer, y no quiero cerrar esta sin decirte con todo mi corazón, gracias! Gracias, Dulzura mía, por esas horas felices que proporcionaste a mi madre. ¡No sabes cómo es ella de agradecidita! Jamás olvida a quien una vez le dio pruebas de amistad o la

servió de alguna manera. Ya me imagino que va a venir ebria de Ultensia. ¿Y quién no? ¿Quién se acercará a ti que no se impregne de suavidad y paz y alegría? Adiós jazmincito mío.

Puesto que con tanta emoción recibiste mi pobre y rústico anillito, ya no me burlo de él, sino que voy a considerarlo sagrado. Ya lo santificaste a mis ojos, declarándolo símbolo de tu amor eterno. Que sea, pues, así, y que se infunda en esa humilde piedrecita todo lo que haya de más cordial y puro en mi corazón.

N. dice que no te corresponde ahora con abrazo, sin que te envíe un beso, el más paternal y cariñoso.

¿Qué haré yo por tu amiguita, por nuestra amiguita? ¿Quién podía adivinar, cuando la conocí en tu casa, que había de ejercer en mi vida el oficio de un Ángel? ¿Le has comunicado nuestras ideas religiosas y sociales? ¿Simpatiza con alguna de ellas? ¿Puedo yo escribirle? Yo necesito, de algún modo hacerle sentir que soy su devoto, su devotísimo amigo, su deudor para siempre, puesto que ama a mi Esperanza, a mi Zafiro, a mi Perla.

Adiós jazmincito mío, no puedo alargar esto, porque amenaza una tormenta, y podría la lluvia impedirme llevarla hoy al correo. Adiós, bendita mía.

¿Cómo he de enviar mis cartas cuando las dirija a Mechecitas? ¡Con doble cubiertoa, o con una sola!



En nuestro país, si alguna vez se organiza el feminismo, su tarea principal y urgente sería ver que las leyes actúan, marcadamente, en contra de la infamia y la barbarie de los hombres, de no reconocer y apoyar a sus hijos. Recordar que la mayor parte de niños entre nosotros no tienen padre.

Compré un machete, lo hice afilar bien, y todos los días echo abajo un trozo de higueral, que hay en cantidad en el gran solar de la casa. No dirías que soy yo, ¡si me vieras! Esta mañana mi tarea fue mayor y me siendo cansado. Por eso no escribo largamente. Pero mi pensamiento va con esta, y el dice mil cosas.

A mi Chatita Baskirsef, le he de escribir ya luego sobre su deseo de

estudiar Filosofía. Tengo mucho que decirle sobre eso y sobre otras cosas. Entre tanto pienso en ella inmensamente. Adiós mi amada criatura, hasta luego.

A

San Vicente, 30 de octubre de 1926

Hijita mía

Si los hombres han de cooperar a la emancipación de la mujer, (que es la finalidad del feminismo), en vez de ser vencidos en la lucha reivindicadora, tendrá que renunciar, abnegada y generosamente, a seguirla considerando como instrumento de placer y como esclava del fogón. Mientras la cocina continúe siendo lo que han hecho de ella los civilizados: una actividad absorbente, que ocupa todos los momentos del día de la vida; con sus vajillas complicadas, sus cien mil potajes, su arte de guisar, su arte de servir la mesa, sus menús en cartulinas, su ciencia de condimentar; su afán insaciable de variedad y novedad en los manjares; en fin, con toda la diabólica maquinaria de aparadores e instrumentos diversos, inventados para servicio de la guía... Mientras los hombres crean que el objeto de la riqueza y de la cultura es comer bien, no podrán contribuir a que la mujer viva íntegramente, en su cuerpo, su alma, su mente y su espíritu. La vida sencilla, y especialmente la comida sencilla, que ocupe, a lo sumo, tres horas diarias, es la primera condición de la libertad para la mujer. Como dice Platón, "hombre libre es el que tiene ocios"; mujer libre, es la que tiene ocios, es decir, tiempo suyo, que puede emplear, como le plazca, en leer, escribir, pintar, esculpir, estudiar, servir a sus convecinos, educar a los niños, compartir con el hombre los deleites del espíritu, el afán de cultura y la necesidad de justicia.

Las mujeres ricas han logrado ya libertarse de la esclavitud del fogón, no sólo sin ninguna simplificación de su vida, sino complicando enormemente y cada vez más, el utillaje de la cocina y del comedor. Pero esto lo han hecho, esclavizando hasta lo sumo a otras mujeres, -sus cocineras y ayudantes-, a quienes han reducido así, a la más vil condición humana: emplear toda su vida en aderezar y complicar más y más, los manjares locos que anhela el apetito perverso de sus amos. Así se han emancipado ellas del horror del fogón, de quemarse los brazos, de tener las uñas largas y escoriadas; de irritarse los ojos y chamuscarse los cabellos; de estar siempre ahumadas,

engrasadas, sofocadas y con el humor agrio y el ánimo infernal.

Pero si el feminismo ha de ser algo noble y eficiente, no se detendrá en ser una mezquina lucha de grupos, que emancipa a unos pocos arruinando a los más. Si la emancipación de la mujer ha de significar algo en la historia, será la emancipación de todas las mujeres, -aunque fuera sólo en una medida circunscrita, limitada, en camino de ser cada vez algo más amplia. No se trataría, pues, de emancipar a las ricas, sino a las pobres también: a la señorita de alta posición, sí, pero también a la lavandera, a la sirvienta, a la campesina, a la obrera, a la maestra, a la cocinera, a todas. Ello no se logrará, sino en la medida en que se entre práctica y alegremente, en la vida sencilla. La vida complicada exige esclavos; ya sea que uno esclavice a los demás, ya que se esclavice a sí mismo.

Esto último les ha sucedido a las mujeres ricas, que han salido de la esclavitud del fogón: Como no se liberaron merced a un esfuerzo consciente; como no procuraron ser libres para ocupar sus ocios en su propia cultura ni en el bien ajeno; como no tenían anhelo ninguno generoso, sino, a lo sumo, deseo de vida más desahogada y menos sucia, resultó que, una vez exentas del oficio forzoso e ingrato de la cocina, buscaron para llenar el vacío de su vida, lo que era más fácil para ellas, lo que estaba naturalmente a su alcance: absorberse en otras actividades caceras, triviales, infecundas, de las que solo exigen dinero para gastar, tiempo sobrado para buscar antojos en que gastarlo, y vanidad bastante para gloriarse de su empleo, y sembrar en los espectadores la admiración y la envidia de tal empleo. En vez de la cocina, el salón. En vez de las manos siempre tiznadas y grasientas, las manos siempre tersas y las uñas siempre pulidas; en vez del fogaje en la cara, los polvos y el colorete; en vez de los mil platitos, cuchillitos y cachivachitos de la cocina y del comedor, los mil bibelots, cuadritos, vasitos y muñequitos y cachivachitos del salón y del tocador: todo tan inepto como lo de antes; tan embrutecedor como lo de antes, aunque ahora con la apariencia de una mayor cultura: la pseudo-cultura de las gentes que hablan de todo, sin entender de nada. Antes máquinas de fregar y de guisar, ahora máquinas de hablar, muñecas de salón instrumentos de seducción, a quienes el hombre, con mucha grosería y mezquindad, pero con mucha lógica, consideran y tratan meramente como instrumentos de placer (y de esto, hablaremos mañana).

Hijita, quien lanza una idea, quien expone una doctrina, -ya otra vez hemos hablado de ello-, me parece, adquiere una gran responsabilidad: asume la obligación de defenderlas y de propagarlas, cada vez con mayor inteligencia y gracia, es decir, con mayor fuerza de expansión. Así, aunque en tu conferencia no trates sino algunos de los puntos estudiados, debes

meditarlo bien, y profundizarlos después, y complementarlos con nuevos datos y reflexiones, hasta que te sea fácil, en toda ocasión, exponerlos, defenderlos y propagarlos. Para decir bien una cosa, hay que saber de ella mucho más de lo que se dice. Y esto es todo el secreto del conferencista: que maneja de tal manera su asunto, lo conoce tan amplia y firmemente, que al referirse a él no tiene casi más trabajo que el de buscar el vocabulario más adecuado. Una conferencia no es sino una clase, una lección que se da con desembarazo, con pleno dominio del asunto, con lenguaje sencillo y adecuado, con plan muy claro y sencillo, y con economía tal, que el oyente aprende en una hora lo que no aprendería en muchos días, si hubiera de estudiarlo en los libros. Eso es conferencia, y a eso debes tu encaminarte ahora, y cada vez mejor, ya que has entrado en ese camino.

¿Recuerdas que una vez te dije que soñaba para ti una labor de propaganda verbal, y que te imaginaba dirigiéndote a grandes masas, de gente un tanto preparada, y llevándoles nuestras ideas, e influyendo en ellas por la musicalidad de tu voz, la gracia de tu apostura, la facilidad de tu ademán y la claridad y verdad de tus palabras?

Con esta, ya dos veces que tienes que dar conferencia sobre temas capitales, que exigen, para hacerles camino, no una sino muchas ocasiones, no una, sino muchas conferencias. Dos o tres ideas como aquella de el “Nuevo Concepto del Patriotismo”, y esta de ahora, bastan para la actividad de algunos años. Y nosotros, bien lo sabes, tenemos que enseñar, además de esas, cinco o seis ideas de mayor vuelo, de mayor transcendencia, sin comparación. Tres o cuatro veces al año te solicitaran para que des conferencias, y siempre habrás de aprovecharlas para dar ambiente a nuestras ideas. Esto, para mientras adquieres una preparación suficiente, que te permita ser tu quien provoqe las ocasiones.

Esto del feminismo tiene conexiones inmensas; estúdialo bien, ahora y después de tu compromiso. Quería que además de tus borradores, me sacaras copia de todo lo demás que no ocupes, a fin de estudiar a mi vez, el pensamiento de uno y de otro. Además, porque Nela quiere hacer propaganda en su escuela de adultos, y con las madres de sus alumnas. Si te falta tiempo, que te ayude Bertita en la máquina, pues me está pidiendo trabajo.

Si no fuera el inmenso deseo de ayudarte, y el goce intenso de transfundir mi espíritu en el tuyo, creo que nunca me habría detenido a meditar sobre feminismo. Cada cosilla que se me ocurre me colma de contento, pues me digo: una nota más para la melodía espiritual con mi hija: una gotita más de agua para la rosa que estoy cultivando; un rayito de luz aún, para que lo refleje y lo irise aquel cristal purísimo de su corazón y de su pensamiento.

Y esto es a lo que yo tratándose de ti –, llamo amor.

Anoche esperamos hasta las 7 y minutos, tus ansiadas letras. A esas horas, Nela protestó, llamándote “india zamorra y holgazana”. La verdad es que se está enamorando de ti, no obstante que yo le muestro todos tus defectos y fealdades, y cuando llega la hora de las cartas, y no vienen, se contaría y entristece.

Te envié anteayer, el resto del libro y una breve carta. Aún me queda, para mañana, una faz interesante del asunto, que no traté hoy, por cansancio. De seguro te pedirán la conferencia para publicarla, con muchas instancias. Me parece que debes retenerla un mes, por lo menos, para revisarla. Si alguien, entre tantos que presumen de listos, te pregunta si yo te he ayudado, no tienes necesidad de negar; pues las ideas no son de nadie, y lo que hace cada uno es darles forma, por virtud de su propia convicción, y según su capacidad de expresión. Y en este caso, como en otros que vendrán, tú no tienes sino decir “Él es mi maestro, y yo me regocijo trabajando por sus ideas, según mis fuerzas”. ¿Verda, indiecita?

Suspendo esta a las 11, en espera de recibir una tuya al mediodía. La llevaré al correo en la tarde. Dime, ¿a qué horas te sería más fácil recoger las mías en el correo, para que fueras una sola vez cuando depositas las tuyas?

A la 1 y ½ llego tu cartita del 28, y apenas me queda tiempo de devolverte hoy mismo los versos tan cariñosos de Don. C. V. Me encanta, hijita mía, que te quieran y te admiren, y todo el que te da muestras de simpatía se hace mi amigo. ¿Me enviarás una copia, cuando tengas tiempo, verdad? Nada me has contestado de mis preguntas respecto de Sarita. ¿Por qué?

Nela quisiera el sombrero, de los que usa hoy, de faldas recogidas, o como les llaman, cumbitos. Envíalo con mi mamá, pues no hay prisa. No encuentro aceptable que se lo regales, pues eso le impediría volver a molestarte; preferiría que le dijeras el valor. Pero, digo yo, aunque ella no quiera, tú vas a realizar en esto tu caprichito, ¿verdad? ¿No me recompensarás de haberte ayudado, con una carta inmensa en dulzura y en tamaño? Adiós, con un abrazo cordialísimo a Mechecitas, y muchos, muchos afectos a tu dulce amiga. Adiós.



31 de octubre/1926

Sólo yo no te oigo, Alondra de mi vida;
sólo a mí se me niega la gracia de tu voz...

Estas fueron mis primeras palabras, al despertar esta mañana, y recordando los versos del señor V. pero no continué, porque es muy grande ahora mi incapacidad para hacer versos. Además, siempre me imagino que mis versos no te interesan. Aún creo a veces que se te han extraviado los que te hice, y que por eso no me envías copia de ninguno, según te lo supliqué. ¡La verdad es que amanecí hoy muy triste, pensando en que no te veré quién sabe hasta cuándo! No me hagas caso, hijita; estar lejos de ti, siempre separado de ti, por algo o por alguien, hasta en los raros momentos en que te veía, es demasiado cruel.

¡Pensar que todavía no he logrado oírte, cuando hablas en público, mientras que todos pueden oírte!

¿No te llama la atención que yo nunca te haya llamado Alondra? ¿Adivina por qué? Porque desde que tuviste conciencia de que me amabas, sólo dolores he llevado a tu vida. ¿Cómo te había de llamar Alondra, a ti que antes vivías cantando y riendo, y por mi caíste en tantas penas y tristezas? Ahora sueño y me digo: ¿es que no llegará un día en que ella esté a mi lado, y por las mañanas, con los primeros rayos del sol me lleguen a ti te lleguen las primeras notas de su voz divina? Pues, ¿quién oyó tu voz como yo la he oído? ¿Quién adivinó antes que yo los tesoros de tu alma en la transparente dulzura de tu voz? ¿Quién en su timbre cristalino, entrevió el interno cristal de tu corazón, con más evidencia y fe que yo lo hice?

En unos versos que te hice en junio del año pasado, cuando se hablaba de tu viaje a Europa o Estados Unidos, (versos que no te he llevado, porque, aunque varias veces te hablo de ellos, nunca me insinuaste que deseabas tenerlos), hay una estrofa que dice:

“Pudiera yo encerrarte. ¿Cómo?, ¡toda en mi pensamiento,
y sentir que no existes, y pensar que tu voz
es tan sólo un susurro, un suspiro del viento,
y tus ojos, tan sólo un destello del sol!...”

Pero, mi amadísima Helia, olvidemos mi tristeza, y acabemos con el tema de disertación, en la cual pienso incesantemente. Si mi infeliz salud no me encadenara tanto, iría a oírte; me arreglaría de manera que nadie sabría que yo estaba ahí, bebiendo tus palabras y atrayendo tus miradas... pero todo está contra mí, ¡En fin!

Decimos que los hombres, sobre todo en tierras tropicales, ve en la mujer, o carne de fogón, o carne de placer. ¿A qué atribuyes el enorme desnivel entre la cultura del hombre y la de la mujer? Para los hombres tenemos Instituto y Universidad; para las mujeres, remedos de colegios, dónde, fuera de un cartón impreso -el título-, no se saca nada. Si tú alcanzaste una buena preparación, es porque tu esfuerzo venció todas las deficiencias del ambiente. Un Instituto para señoritas, un verdadero instituto, capaz de formar una cultura sólida y amplia, sería uno de los grandes beneficios deseables para nuestro país. Por no tenerlo, la mujer salvadoreña es inferior, actualmente en mentalidad, a las de Costa Rica, Guatemala y Nicaragua. Los salvadoreños se desviven por cultivar en sus mujeres las virtudes del ama de casa, de la criada de adentro, a lo más, de la criandera. Es increíble como en el mismo hogar vive un escritor, o un abogado, o un médico notable a veces, al lado de mujeres absolutamente ignorantes, incapaces de la más leve idea, sin noción de lo que pasa en el mundo, sin gusto estético, orientación para educar a sus hijos, hasta sin libros amenos que disipen un tanto el velo tenebroso de su entendimiento. El marido se va todos los días, a cambiar ideas, fuera de casa. Dentro, es un verdadero acaparador, que tiene el monopolio de la mentalidad, viviendo tranquilamente al lado de una mujer -su señora, como la llaman-, que en realidad no es sino una esclava, a causa de su total ignorancia. Por supuesto, así como las hormigas guerreras que se llevan cautivas a una tribu de hormigas trabajadoras, acaban por ser dominadas por estas a causa de la pereza de aquellas y de la habilidad de las cautivas para conseguir alimentos, así los señores ilustrados acaban por ser dominados por sus estúpidas consortes, a causa de la habilidad de estas en el arte de guisar, que es la clave de la libertad de los hombres burgueses, casi siempre.

En nuestra clase alta y en la media, ni al marido le preocupa que su mujer se cultive en cuanto espiritualidad y mentalidad, ni al padre le interesa nada que sus hijas se ilustren o se instruyan siquiera en los conocimientos elementales, con eficiencia y solidez. Repara, sino, en que todas nuestras señoritas de colegio estudian para tenedoras de libros. A ninguna dedica a estudios de Historia, de Filosofía, de Ciencias Naturales, de Astronomía, de Literatura, etc,etc. Todas a la Teneduría. ¿Para que se ganen la vida? No, porque harto saben que el país no da trabajo ni a la décima parte de las contadoras que arrojan al año las Escuelas de Comercio. ¿Para que desarrollen su mentalidad? Se necesitaría no tener ninguna, para imaginarse que el tedioso y estrecho oficio de la Teneduría de libros puede encerrar virtud alguna para ampliar y vigorizar la mente; al contrario, es horriblemente entontecedor. ¿Por qué, entonces? Porque es aprendizaje

breve, económico, inútil; que deja a la muchacha tal como era, incapaz de pensar. Cosa más grotesca que esa cosecha anual y enorme de Tenedoras de libros, no hay, y fuera motivo de risa, si no lo fuera más de lástima.

Llega a tanto la inconsideración el hombre civilizado por la cultura mental de la mujer, que se oye decir a cada instante que “la religión es buena para las mujeres; que es un freno, etc. Etc.”. Es decir, ellos creen que se trata de una mentira, de una farsa, pero admiten que el espíritu y la mente y el corazón de sus mujeres y de sus hijos, ¡debe ser alimentado con mentiras y farsas!

Tú hijita, pensarás detenidamente sobre estos puntos que solo te indicé, porque me siento ya cansado, muy cansado. Una vez más, acuérdate que sólo has de tomar de mis apuntes, lo que encuentras claro, sencillito, discreto y oportuno; lo demás, nos servirá después. Hoy es domingo, y urge llevar la carta ya al correo. Son casi las 11 de la mañana, ayer mismo te devolví los versos del Sr. V. en mi carta.

Bien, mi Alondra, mi Calandria, mi luz y mi vida, mi corazón rebosa ahora en ternezas, que adivinarás. Adiós, con toda la efusión de mi cariño inmenso y para siempre. Abrazos a Mechecitas suave y linda.

Adiós, mi pajarito.



si fuese posible benéficas. Que dicha, que yo devolviera siquiera mínimamente, lo que ella nos ha dado!

¿Se mejoro Mechecitas? ¿Se acuerda de mi con pensamientos? ¿O se figura que me voy a contentar solo con galletas? Yo estoy pensando mucho para ella, y espero que ya luego le comencare a enviar mi trabajo. ¿Guarda cama por su influencia? ¿Que esta leyendo?

Hora ya de ir al correo, hijita adorada y bendecida. Hasta mañana, y que sientas que mi espíritu te inunda al leer mis palabras,

A

8 de noviembre /1926

9 am.

Albejita Linda

De propósito no te escribí ayer, por no aumentar sus penas, ya tantas. Me sentía exasperado, descorazonado. Tu carta del 6 me había entristecido mucho, por la inquietud, incertidumbre, desesperanza y toda amargura de tu ánimo, que se revela en ella. Así preferí no escribirte; había pasado toda la noche en vela, en un semidelirio, culpándome de todos tus sufrimientos, y no habría escrito palabra que no te llevara más acíbar.

Todo eso que sufren, esa impotencia y desánimo para el trabajo; es laxitud; son tus pobres nervios resentidos de tan larga tensión; cansancio espiritual en una lucha tremenda y absurda, de casi ya dos años.

Me sucede lo mismo, hijita, y he renunciado a todo trabajo; me es imposible hasta leer, y si no fuera porque el ambiente me es del todo propicio, no sé qué sería de mí. Irte al campo, a la soledad, al aire libre, es lo que se impone; a toda costa hay que realizar ese pensamiento de pasar las tres unos meses en la casa de campo de Sarita. Precisamente, en la mañana del día en que recibí tu carta, amanecí pensando escribirte que hicieras todo el esfuerzo para ir con Merceditas, siquiera un mes, a Izalco u otra parte. ¡Qué sorpresa que me hablaras de lo que yo estaba pensando! ¿Quién envió al otro esa sugestión? ¿No te parece un caso manifiesto de telepatía, frecuente entre los dos?

Si realizan ese proyecto -ojalá que pronto-, eso será el principio de un nuevo camino. Porque todo se ve y se piensa diferente en la soledad y en la amplitud. Esa vida de San Salvador, en celdas asfixiantes a donde no llega más que aire emponzoñado, chismes y acritudes, es una vida maldita. Verdaderamente, una vida maldita. Si vieras como está cambiando mi alma, aquí, ¡entre los árboles y los pájaros! Si vieras cuantos aspectos nuevos y bellos de las cosas, ¡y que nuevas y hondas revelaciones! Van hacer dos meses ya, el 11 de este, que vivo aquí, y todavía no he disputado con nadie, ni he oído injuriar ni denigrar a nadie. Vienen a pasar la noche aquí, un medio millar de pájaros, entre los cuales unos cincuenta clarineros, o más quizá. ¡Si oyeras cómo rivalizan en el canto y en la alegría! Por la mañana, después de media hora de concierto, se van todos, quien sabe adónde. Sólo quedan las tortolitas, que vienen varias veces al día al corredor, a pedir de comer, y que a veces entran en mi cuarto. Una mata de rosa-te, que he libertado de la opresión de otros árboles, sacándola al sol, nos da todos los días, bellísimas rosas que la Nanita, tu nanita, me lleva a mi cama, al solo

amanecer, y luego las coloca en un florero. Siempre me digo: “¡estas sí que se las mando a mi Helia!”. ¿pero cómo enviarlas? Lo que hago es guardarte algunos pétalos de las mejores, para en la primera ocasión.

He soñado, hijita mía, viéndote en el campo, en esa casita que me describes, sentada bajo el árbol, junto con mi Mechecitas y Sarita, leyendo, con tu carita pensativa que se vuelve grave cuando encuentras algo nebuloso. Me imagino que yo, escondido por ahí, las veía y escuchaba...

¿Y eso de aprender cocina? ¿Cuál es el primer platito que me harás? ¡Cuidado!, yo soy muy exigente, ahora que solo como frijoles, arroz y legumbres. Si no me hace unos frijolitos muy buenos, te voy a quebrar la sartén en la cabecita, ¿aunque luego tenga que curártela a fuerza de... qué?

Hablemos en serio, hijita, un momento. Solo falta una semana para tu conferencia y es necesario que te serenes. Me figuro que trasnochas, y eso te fatiga. Sarita podría llevarte las tardes al campo, un poco apartadas del bullicio. Toma alguna copita de vino para ayudar tu digestión tardía. No leas de noche, que te hace mal. No discutas con nadie, por nada: deja que todo el mundo se quede creyendo que tiene razón y que te ha vencido, con tal de que tu ánimo no se altere siquiera en estos pocos días. Y sobre todo, cree y confía en mí: yo estoy recobrando mi salud, sintiéndome cada vez más fuerte y animoso. Muchas cosas que me parecían tinieblas, comienzan a parecerme sencillas y accesibles. Si está de Dios que mis sueños y tus sueños se cumplan, acabaré de recobrar mi salud de aquí a febrero, y entonces, todo cambiará.

Ruega a Mechecitas que se reanime: comienza a vivir; es todavía una cipota; y hará de su vida lo que ella quiera, si sabe quererlo. Y yo le ayudaré con todas mis fuerzas. Ya estoy pensando en que vaya unos meses a Costa Rica, según el plan que luego le diré. Me deleito pensando en que le ayudamos a ser una gran Chatita Baskirsef.

Las cosas quieren tiempo. Tú y ella tienen delante casi toda una vida, y muchos, muchos elementos para realizar una noble labor. Están a tiempo de educar su voluntad, que es lo principal. Yo, no puedo hacerme la ilusión de contar con más de diez años de capacidad mental suficiente, y aun esos se perderían si no resuelvo antes plenamente todos mis conflictos, sobre todo los conflictos internos. “Todo reino que se divide perecerá”, dice el Evangelio, y es una verdad profunda. Hay que recobrar la unidad interna, y encauzar todas nuestras fuerzas vitales, a un solo fin. Si para recobrar y afirmar la unidad del ser, hay que cambiar de moral, de religión, de filosofía, de patria, de familia, de todo, debemos cambiar. Porque unificados, nos hacemos fecundos, mientras que divididos, nos hacemos estériles.

Pues bien, aun yo, tan agotado ya, no moriré sin realizar mi unificación,

siquiera en lo que se puede alcanzar cuando todo uno es ya ruina y desastre. La paz es el fruto inmediato de la libertad, y la libertad, es el fruto de la verdad.

El camino es ese, hijita: ir a la libertad por el camino de la verdad, y a la paz, por medio de la libertad. Paz, unificación, es lo mismo. Te ruego que lo medites mucho, mucho, porque yo voy a proponerte ya luego, un remedio para tus penas, vacilaciones y desesperanzas, y será necesario que, si aceptas, lo hagas con absoluta conciencia de lo que haces.

Seguir siempre así, a la deriva, abandonados al azar, sin ninguna orientación, sin que nuestra voluntad influya para nada en nuestro destino, es imposible. Acabariamos, por lo menos, en neurasténicos incurables; ¡probablemente en algo peor! Debemos, a toda costa, saber a dónde vamos, ¡y ser los guías de nuestro camino! Salvo que anulemos del todo nuestras vidas, sin provecho de nadie, ni siquiera de nuestro personal egoísmo.

Nela irá, como te dije, a pasar allá el día de tu cumpleaños, -el 17-. ¿Tienes algo que indicarme con respecto a esto? Ella te comunicará cosas importantes, y te llevará una carta en que te diré otras, de mucho interés.

Mientras, hijita mía, hazme el favor de calmarte. No me digas que no, porque me resentiré de veras. Cálmate, prepara tu conferencia, y después soñaremos y pensaremos. Entrégate a tu trabajo ahora con alma de artista y de apóstol, y que mi recuerdo te sostenga y te aliente.

Adiós, hijita siempre y para siempre amada -escribeme cuantas letras, para que no te fatigues y distraigas tu tiempo-. Mama y Nela te abrazan con grandísimo cariño -Yo, no-.

Anteayer te escribí a ti y a Sarita. Mil segundo a mi Carísima Mechecitas, y todo, todo mi pensamiento por ti.



Tiempo de aquí al sábado por la tarde, de escribirme siquiera dos veces; te ruego lo hagas. Dime todo; bien sabes cuantas cosas necesito saber.

Si me viene hoy tu carta, mañana mismo te escribo. Si no viene, estaré muy inquieto y muy triste.

Con toda ternura abrazo a nuestra dulce hermanita y a S.

Que dios te bendiga y mantenga su luz en tu corazón angelical

19 de enero, 1927

Mi venerada sor Clarita de la luz,

Dichosa esa buena sirvienta a quien le sirves de enfermera, que diera yo por estar enfermo y muy grave, siquiera un año, a tu cuidado, ¡y que por toda medicina me aplicarás tus manos y tu voz y tus ojos!

¡Que bien haces hijita, en responder así, con tus cuidados personales a la buena muchacha que ha sido buena con ustedes! ¡Qué buena gimnasia para tu espíritu, y qué remedio eficaz para tu pobrecito corazón!

Hijita, no temas ya por la niña, que nada puede ya inducirme a no servirle como debo hacerlo y como ella lo necesita de mi -Tienes perfectas razón al decirme que ella es la flor que comienza y requiere todo cuidado, mientras que los demás somos flores marchitas a quienes un dolor más o menos nada nos quita ni nos da. Nuestro camino está cumplido, y ya sólo podemos errar por obstinación en el mal, mientras que ella la pobrecita tiene cerrados los ojos y nada sabe de la vida -Así ella antes que nadie-.

Estoy bastante mejor de mis males, con la esperanza de poder ya luego trabajar en esa cuestión de Nicaragua, tan urgente y grave. Me causa dolor y vergüenza estar ocioso, cuando hay tanta necesidad de que todos ayuden. Hijitas, estamos amenazados todos los centroamericanos de convertirnos en dominio Yanqui, en muy breve tiempo. Sería necesario que todos vieran claro, muy claro, para evitarlo, y, aun así, con mucho esfuerzo y sufrimiento. Y es triste que aún no vemos ni comprendemos la inminencia del peligro ni su dificultad enorme. Estos pueblos son ciegos...

Esta es la ocasión que estaba ansiando Sarita, Mechecitas, y tantos, para encender la llama de su vida; no la hallarán jamás ni más grande ni más hermosa, pues lo que se va a pelear aquí, es el destino de la cultura naciente y cristiana, contra el destino de la cultura vieja y diabólica. Vamos a tener lucha, que ahora apenas se inicia, para veinte años, exactamente como en la Revolución Francesa.

Ahora y aquí en América, con mucha mayor evidencia y concentración que durante la Guerra Mundial, lucharán el capitalismo, contra el Socialismo, aunque no lo adviertan aún los combatientes. El capitalismo, a cuyo servicio están los Estados Unidos, no podrá ser derribado sino por el Socialismo, que es su antítesis.

Las mujeres de América tienen en esta contienda un gran rol que jugar, no de gritos ni de literatura, sino de vida, de actos. Y deberían comenzar, creo yo, por declarar el boicot, propagándolo sin descanso, contra todo artículo, moda, costumbre o uso de fabricación, origen o procedencia

norteamericanos, y no cesar en él, mientras los Estados Unidos no abandonen absolutamente su empresa conquistadora, y no se retiren de lo ya conquistado.

A los norteamericanos hay que herirles en el vientre, puesto que se han constituido en Apóstoles del vientre. Y como lo tienen de oro, hay que ponerles a dieta de oro, no comprándoles nada.

El boicot, esa es nuestra arma, y debe organizarse en todo el continente. Así, solo así, derribaremos a ese nuevo Nabucodonosor.

Si las mujeres hispanoamericanas, y sobre todo centroamericanas, son capaces de algo de transcendencia, ya les ha sonado su hora. Y debe comenzarse aquí, en El Salvador y Guatemala, porque somos los más capacitados y los más amenazados.

Te envié los primeros versos ya en limpio. Mañana irán los otros.

Abrazos de mi mamá y de Nela -y más para Mechecitas y Sarita-.

Que Dios bendiga a mi Sor Clara de la Piedad y de la Luz.

San Vicente, 21 de enero de 1927

Hijita mía, pensaba escribirte hoy una carta muy larga y muy dulce. Y decirte muchos pensamientos que están ansiosos de que tu los acojas. Pero anoche me desvelé la nota entera, y eso sobre otras noches males, me tienen inepto. A penas puedo tener la pluma un momento para decirte que vino tu adorable cartita de ayer, y que una vez más. Leyéndola, bendije al Cielo por haberte puesto en mi camino.

El sacrificio de quemar tus cartas, ya estaba hecho, y nunca podrías imaginar que valor y sobre todo que amor he necesitado para quemarlas. Desde hace más de un mes



26 de junio de 1927

Memorándum

para Mercedes

1. Cuidar de que en el libro Vida de Jesús, que están haciendo donde Dutriz, se inserten los dos avisos adjuntos de las librerías “Caminos Hnos.” y “Joaquín Rodezno”. Esos avisos deben ir en el forro o portada del libro, en las páginas interiores: uno al comienzo y otro al final. Habrá que corregir cuidadosamente las pruebas de uno y otro.

Como ya recibí el dinero de ambos, me importa sobremanera que esos anuncios queden bien.

Si Mercedes y Hortensia no pueden hacer esto, rueguen en mi nombre a Don Aristides Salazar, Redactor de la Prensa, que me lo haga, enviándome pruebas en página por correos.

Que Josecito le pida a Rodezno, y me lo envíe, un estado de mis cuentas particulares, y otro de comisiones.

1 - Dejo en esa librería tres libros para que me los vendan en comisión: 1, Flora de El Salvador, en dos volúmenes; 2, Ética de Espinoza empastada; 3, Vida de San Luis Gonzaga. Los dos últimos se los entregué ayer 25, a uno de los dependientes. La Flora, importe diez colones; la vida de San Luis Gonzaga, dos, la Ética, tres.

2 - Procurar que Rodezno tome esos libros, por la mitad de su valor, o por menos, y que abone a mi cuenta ese valor .

3 - Pedir y enviármelo a la Librería de Caminos Hnos., un estado de mis cuentas particulares y de comisiones. Queda en poder de ellos, para vender un libro mío: Los Grandes “Maestros de la pintura española” empastado y con ilustraciones, vale veinticinco pesetas, ó sea 12 colones. Si fuere necesario que lo venda hasta por diez, y que abone a mi cuenta ese valor.

4 - Corregir cuidadosamente las pruebas que aún faltan; de la Vida de Jesús, y enviarme por correo las pruebas en página.

5 - Enviarme pruebas de los pliegos que faltan de El “Dinero Maldito”, He corregido, ya el 1º. y 2º pliego.

Ver que se inserte en el forro de ese libro, en la última página interior de ese libro, un aviso del doctor Zúñiga Ydiaguey, que tiene ya recibido el cajista, corregirlo cuidadosamente.

Que Hortensia me haga el favor de sacarme una copia de un trozo del Alma del Naranja, para enviarlo a El Día. Con ese y otro artículo que puedo

enviar yo, acabaré de pagar lo que debo de este mes. Si entre mis originales se hallara con que arreglar ese otro artículo, sería un hallazgo para mí.

¿Puede Merceditas pagar, recibir, y poner a la venta en su nombre, el libro del Dinero Maldito? Yo le enviaría un recibo en que conste qué le he vendido la edición del libro ese, por la suma de cuatrocientos colones, ₡400.00 libres, es decir, pagando ella la imprenta.

6 - La edición de dos mil ejemplares está contratada por ₡1.87 la página (quince reales) calculando el número de páginas como ochenta, más o menos, importará el libro alrededor de 150 colones.

Este libro convendrá ponerlo a la venta sólo en las dos librerías de Caminos y Rodezno, pagando 10 a 12% de comisión, no más. Se le entregarían de una vez doscientos a cada librería, con recibo, y guardaría el resto, donde conviniere; por ej.: donde Sarita.

Convendrá anunciar el libro en "La Prensa" y en "El Latino", diez veces seguidas en cada uno, en avisos pequeños, insertos en la última página, y entre la lectura. Debe ser condición indispensable que sea en la última página, y entre la lectura. Este requiere vigilancia. El valor de ambos anuncios no puede ser más de diez colones cada uno, bien pagados. Con esos señores diaristas es indispensable contratar y regatear.

7- El precio del libro para la venta, será de 75 centavos el ejemplar. Si sale gruesecito, se puede poner a 80 centavos, diciéndolo a si en el anuncio de venta. Es absolutamente necesario que las librerías entiendan que no contratán conmigo, sino con Merceditas, o la persona que ella designe, puesto que yo he vendido la edición.

8 - La vida de Jesús le pagará el Señor Rodezno, según amable ofrecimiento del mismo, está convencido qué el tendrá la venta exclusiva aquí en El Salvador, con un 12/00 de comisión.

Bastará con anunciarlo en "La Prensa" o en "El Latino", en las mismas condiciones que el otro libro. Fijaremos el precio al corregir el último pliego. Se le puede entregar a Rodezno 400 ejemplares de una vez, a nombre de mi hermana Nela, que aparecerá como dueña del libro por haber comprado la edición - Ese libro está contratado a ₡1.25 la página (diez reales), y costará unos ₡240 o 250 colones la edición de mil ejemplares. De estos hay ciento en papel fino, qué servirá para enviar a Sur America y otras partes. Hay que guardar el resto de la edición, donde convenga. Primero que todo habrá que sacar de la venta, para que Rodezno se pague el anticipo.

Lo mismo habrá que hacer con el otro libro: que se pague Merceditas el dinero que hubiere anticipado.

enviar a mi hija Albertina Elizabeth, a razón de cuarenta colones mensuales, naturalmente cuando los haya.

Deseo que Merceditas cobre un 2/00 mensual por su dinero, hasta su total amortización- Acepto con gusto y agradecimiento, que me administre uno y otro libro, gratuitamente-.

Una vez que yo vuelva -quizá tardare bastante-, le descargaré de la fauna que aún quede por hacer.

8 - Me importa mucho que este servicio que me hará Merceditas, no tenga carácter de clandestino, pues nada tengo que ocultar -Así, si le he de ocasionar molestias con sus tías, prefiero que no me lo haga- Le doy plenos poderes para manejar esos libros, en el sentido y con las limitaciones indicadas.

Si por una u otra razón no me pudiera ayudar con estas cosas, les ruego encomendarle todo con mi nombre, y en mi nombre, y para mientras yo dispongo, al Doctor Zúñiga, dando lo suficiente a una persona de su entera confianza.

Un abrazo cordialísimo a Hortensia, Josecito y Sarita, de quien tanto los quiere y estima.

A. Masferrer



30 de junio -27

Hijita, que mis Dioses te recompensen por tus finezas conmigo: anoche, al ver el artículo publicado en “El Día”, me dije, con profunda emoción, y por la milésima vez, que estás destinada a ser mi Socorro y mi Bendición. Fue tan honda y dulce la impresión de ver como a acudías con tanta presteza a remediar mi necesidad, que me sentí niño, y a ti mi madrecita, solícita y angélica. ¿Corregiste tú las pruebas? Porque salió muy bien.

Estoy aguanrdando con ansia una letra tuya o de Mechecitas, que me cuenten muchas cosas. No omitan nada, pues lo mejor es asentarse cada día más sobre la verdad, y saber todo lo que les haya ocurrido es para mí lo más conveniente.

Desde mañana voy a trabajar en mis artículos; no sólo porque es necesario, sino porque me sería imposible ahora no estar bien atareado. Aquí me encontré con mi estudio sobre bibliotecas, que te enviaré para que me hagas una copia, en cuanto pueda corregirlo un poco.

¿Pueden hacerme los encargos del memorándum? les parece que está

bien dispuesto lo que indiqué en él?

De propósito escribo esta tan breve y tan seria: no quiero que desborden mis tristezas, ni aumentar las tuyas. Quiero ver si el trabajo intenso me devuelve el valor y la esperanza, que han huido de mí, no sé hasta dónde.

Estoy bien de salud aparente; duermo algo. ¿Y ustedes?

Mi mamá y Nela, mejor cada día, y contentas por tenerme con ellas. Son excelentes conmigo.

Se viene incubando en mi pensamiento la idea de que la raíz de todos los horrores de la vida -los que no dependen de la naturaleza-, provienen de la Obediencia. Obedecer, no importa qué ni a quién, sin que nuestro corazón lo apruebe, sería, pues, el pecado mortal y capital; la raíz todos los otros, la fuente de la opresión, de la explotación, de la tiranía, de la mentira, de la abyección, de toda degradación humana. Y si fuera así, la palabra que habría que gritar al oído de cada hombre, es: Rebelate!.

¿Qué piensas tú de esto?

Si pueden, vean un poco a mi hermana Toña; en estos meses tristes, ha sido para mí una hermana muy tierna, muy comprensiva y abnegada. Envío abrazos muy cordiales a Saruchita y a Josecito, de quién espero que me escriba. Que el Señor te guarde hijita mía, y como a ti, a nuestra Mechecitas bien amada. De mamá y Nela, mil cariños.

A.



Nº3

6 de julio, 27

Ullerska

Hijita mía divina, Gracias porque al fin me escribiste. Ya desesperaba: 8 días sin una letra tuya en esta circunstancia, y cuando más la necesitaba, es algo que no puedes imaginarte. Leo y releo tu carta; gracias a ella, dormí bien y bastante esta noche pasada, y he amanecido con voluntad y esperanza.

Para sobreponerme a mi tristeza y a mi soledad, he comenzado un libro que se llamará ¿Hombre o vampiro?, y en el cual estudiaré la invencible y terrible propensión humana a vivir uno alimentándose de la vida de los

demás, y eso no solo en lo material, sino también en lo afectivo y en lo espiritual.

La idea de este ensayo, que será en forma de novela, se me vino toda de un golpe, en esquema, naturalmente, una noche de gran insomnio, y comencé, inmediatamente, a esbozarlo. Así es que ya tengo escritas cuarenta y nueve cuartillas como esta, y me propongo terminarlo en este mismo mes. No será, desde luego, si no un borrador, pero ya quedará hecho.

Necesito que me ayudes en este trabajo, en dos formas: primera, que leas en una enciclopedia, -Espasa o Larousse- el artículo Vampiro, y me cuentes lo que te parezca más interesante. Yo conozco al animal, y lo examiné muchas veces; pero no sé gran cosa de sus costumbres e idiosincrasia. Segundo, que me traduzcas, como puedas, aquella crónica de un periódico barcelonés, en qué se habla de mi abuelo y de su hermano Martín, pues el primero me servirá de protagonista. ¿Puedo contar con esto, hijita?

Estoy enamorado de mi libro; en el verás muchas de las ideas que hemos analizado, y también muchos de nuestros sueños y amarguras. Me imagino qué nos va a resultar.

Ahora, la dificultad mayor para que siga mi trabajo, está en los artículos que he describir para El Día. Los que arreglaste tú me han proporcionado un buen descanso, ¿por qué no me sigues ayudando, Hijita mía? Dándote yo los temas, o algunas referencias, puedes muy bien hacerme unos cuatro artículos por mes, uno cada semana, Y entonces haría yo sólo cuatro. Piensa que goce tan grande será para mí, cada vez que escribas, decirme: el pan que vendrá desde trozo, me vendrá de ella, ¡de su pensamiento!...

Y más tarde, para no defraudarte en lo espiritual, haré saber cuáles eran tuyos. ¿No te alaga la idea de mantener a tu muchachito adorado, haragán y sinvergüenza? Podrías comenzar con una exposición de las ideas de Oliver Lodge -en un artículo que se llamará, por ejemplo, Un libro optimista: ideas de Sir Oliver Lodge-.

Hazlo, mi criatura adorada, con entera despreocupación: ya sabes que no me interesa la gloria literaria, y que estoy seguro de que no escribirás nada contrario a mis ideas. La forma será tuya naturalmente, pero los lectores no distinguirán ¿Lo quieres ensayar, por mí, para que nazca y viva este hijito nuestro que será el libro?

Acepto enteramente tus consejos respecto de los libros en prensa. Hoy, probablemente, celebraremos el contrato de venta, a nombre de Nela.

Para que sepas luego de mí, no alargo esta, y porque he de pensar largamente en indicarte un método seguro para curarte de lo que llamas tu desorden.

Hijita mía, Celeste, tu desorden, inconstancia, falta de voluntad y demás defectos que te achacas, se traducen para mí en salvación, puesto que vives y piensas y trabajas para mí y por mí. Son las espinas de la rosa; pero si no quieres tener espinas, ya encontraremos la manera de extirparlas. Esperemos aún unas semanas, a ver si se nos aclara nuestro cielo, y entonces buscaremos serenamente nuestro camino. Ingrata, no me escribas con lápiz negro, porque se borra muy luego lo escrito. Compra en la universal un lápiz de tinta Koh-I-Noor, que son excelentes, vale 30 centavos.

Pasado mañana te escribiré largamente, así que mi impregne de tu bendita carta.

Ahí van unas hojitas de rosa, de la primera que ha dado tu matita, y que corte ayer por la mañana. Cuando vine, estaba ahogada por el ramaje de un árbol, que la privaba enteramente del sol. Inmediatamente me puse a libertarla, y ya ves que luego me correspondió. Aprende esa lección, y no vuelvas a dejarme ocho días sin escribirme, o siquiera telegrafiar-me.

Mamá y Nela te abrazan y te besan. Estas gentes se imaginan que eres un ángel. ¿Las dejo en su error, o las desengañó y les muestro tu infinita fealdad? Dale un abrazo inmenso a mi Mechecitas, ¿Cuándo me escribirá? ¿Y Sarita cuándo? Nada me dices de ella.

Hasta luego, corazón y pensamiento mío, mil veces adorado.

Fíjate en que mis cartas a ti, van numeradas.. Así es fácil saber si se extravían.

Me propongo, a toda costa, escribir diariamente un capítulo de mi libro. El seis de agosto, a más tardar, estará concluido. Así será menos amargo no verte.

Bastante bien de salud. Adiós.

Aun una posdata: al escribir sobre las ideas de Oliver Lodge, va simplemente a referir, sin más comentarios que los que se te ocurran fácilmente, o sin ellos, si lo prefieres. Puedes copiar algunos trozos textualmente, si te parece: eso da idea más completa de un autor. Lo que interesa, es que al lector se le informe sobre el libro, exactamente como se le informaría de un suceso o de un viaje. Estrellita mía, no dejes de escribir ese artículo para tu hijo.

San Vicente, 1 de julio de 1927

Querida Mechecitas:

¿Se olvido ya de mí? Esperaba saber de ustedes lo más tarde, ayer. Pero no vino ni una letra, ni siquiera un telegrama. Lo peor es que nunca he sentido mayor necesidad de compañía que ahora.

A Sarita le envié ayer un telegrama, y a Hortensia una carta, que llegaría

seguramente en la tarde.

Estoy bien de salud, fuera de mucho cansancio y desánimo. ¿Cuándo sabre de ustedes largamente?

Me vinieron ayer, y devolví hoy, las últimas pruebas de columna de la “Vida de Jesús”. En quince días mas estará ese libro en circulación. Es casi seguro que me lo compre N. y eso me permitiría dedicarme unos seis meses íntegros, a continuar...



Sr Vte. - 7 de agosto - 27

Querida Sarita, mil gracias por el libro «Religión de la música». En cuanto mi ánimo se apacigüe un poco, lo leeré y se lo devolveré.

Su carta reciente me alegró mucho, por decirme que ahora vive usted más Serena y más resignada, y que va ya aprendiendo a sentirse menos sola y menos triste. Gracias a Dios, el día que tengamos valor de renunciar a esa quimera egoísta que llama felicidad, y busquemos la paz en el trabajo para los demás, la mayor parte de nuestras amarguras se disiparán.

Sobre todo, a los enfermos les hace grandísimo bien un trabajo desprendido y disciplinado, como si fuera forzoso; yo lo sé, y por eso se lo cuento.

Hay palabras, Sarita, que nos están haciendo mucho daño; por ejemplo, esa palabra hogar, que las novelas y los cuentos nos han enseñado a considerar como un pequeño cielo donde la sonrisa perenne, la voz acariciante, el mimo, la abnegación, la benevolencia, y más que todo una sutil y honda comprensión que hace transparente las intenciones y los móviles, nos hace la vida beatífica; algo como una mezcla de oración, risa, sueño y canto. Muy bonito, solo que no existe. De cada diez mil casas Sarita, hay una que es hogar; las demás, o son tigreras o son prisiones, o antros de hipocresía y mentira, brutalidad, vulgaridad, sordidez, tiranía, grosería, explotación, mentira, fingimiento, esclavitud, servilismo, eso es lo que llaman hogar. Cuando va mejor, es un rebajamiento y embrutecimiento mutuos, que originan una suerte de paz que bien podría llamar «paz de los pantanos, o de las charcas».

El hogar, Sarita, no es una realización sino una aspiración; lo hemos

conseguido, pero todavía no lo hemos creado. Ni lo creamos mientras no demos vida fácil y amplia al concepto de respeto, ese sentimiento habitual, firme y hondo que nos hace creer y sentir perennemente, que los demás somos seres libres, criaturas responsables y libres, en manera alguna destinados a nuestro dominio ni a nuestro servicio.

Ya lo ve, hijita: no nos ha tocado en suerte venir al mundo en la época del hogar; no nos lamentemos, puesto que es inútil, sino, mejor, ayudemos formando el ambiente propicio que lo hará nacer y extenderse.

Bueno, hijita, pasemos ya a mis egoísmos y escríbame cuanto antes, dándome noticias ciertas y extensas de Hortensia. Solo sé que está enferma, y temo que siga sufriendo mucho. De Josecito no espero que me escriba, de Merceditas yo no lo espero; pues habiendo provocado en todas formas, desde hace más de un mes, su correspondencia, no he logrado de ella una sola palabra.

A Hortensia le telegrafíé, y me contestó que estaba «mucho mejor» y suplicándome que no le telegraficara más. Me tienen pues, incomunicado, y en verdad temo que, si le he escrito a ella directamente, no le llegaran mis cartas.

Solo usted puede sacarme de esta incertidumbre y de esta tortura, siquiera una postal o un telegrama, en que me diga verdad. Quedó esperando entretanto, adiós.

Y que los hados le sean propicios. Con mucho afecto:

A.M.



927

9 de Setbre

Hijita mía Linda,

No he estado bien, y solo por enviarte esa carta adjunta, van estas cuatro letras para decirte “hijita mía linda”.

Anoche dormí 6 horas seguidas, con un sueño profundo, después de mucho tiempo de no tener un sueño así. ¡Qué cosa tan grande es dormir! Si yo tuviera esa dicha siquiera tres veces semanales, creo que me convertiría en pájaro, y que haría muchas cosas buenas.

Estos meses fueron para mí de crisis tremendas. Aun anteayer sufrí mucho a causa de haber encontrado al pie de un naranjo las alas y la cola de un pájaro, devorado en la noche por alguna alimaña. Eso me trajo un

día y una noche horribles. No hay problema más pavoroso y negro que ese: ¡los seres que no pueden vivir sin matar!...

¿Podremos influir algún día en los animales para que renuncien a la sangre? No será mientras no logremos antes que el hombre dé el ejemplo. Y que lejos estamos de lograrlo...

Hijita, el mundo es horrible, y la vida es malvada hasta un grado que no puede expresarse. Por eso es de un valor infinito hallar, como yo a tí, una criatura que no sea así como somos los más, y que nos haga creer en otra vida.

Espero escribirte mañana; ahora, aunque sea muy breve esta carta, lleva mi corazón y mi anhelo inmenso por tu dicha.



13 de septiembre-27

Hijita bendecida, concluyo ahora la respuesta a tu bienvenida del 9, que comencé a contestarte ayer. ¿Recibiste esa cartita?

Me parece que hagas afinar inmediatamente el piano, pues de otro modo no podría venderse bien. Asimismo, pon ya el aviso en "La Prensa", así como dijimos. Yo llegaré pasado mañana, y antes de reunirme hablaré con el Ministro en nombre de mi hermana, sobre el piano que necesita su colegio, y le llamare la atención al aviso del tuyo, para que lo haga inspeccionar. Me parece que lo bases en quinientos colones, pero sería conveniente que un entendido, amigo o amiga tuyas, te diera su dictamen sobre el precio.

Dos cosas me tienen sumamente contento, y son la vida de concordia, de libertad y de respeto que se está organizando entre ustedes, y el cariño grande que tus alumnas te demuestran. Si así te aman y así gozas tu enseñándoles, es prueba cierta, absoluta, de que estás trabajando según tu vocación. Esta es una de las máximas venturas de la vida: hacer cada uno aquello para que fue llamado. Todas las demás actividades pasan, y con ellas el fruto amargo o dulce que confrontan. Pero el trabajo ocupa toda nuestra vida; es lo normal, lo habitual, y si lo hacemos con aborrecimiento, tedio, antipatía, nos amarga toda la existencia. Así pues, mi santita, demos fervorosas gracias porque se te concede trabajar según tu vocación, que es, o lo que eres, dar luz a los demás, en una u otra forma. Ser maestra, cuando se es maestra, es la cosa más alta y más bella que se puede desearse. Y eso

no es, por supuesto la esfera estrecha de una escuela o un colegio, sino que tiene grandes horizontes: ahí mismo, si lo haces con prudencia y acierto, puedes decidir, (influir mucho en ello) del destino de tus discípulos. Dales tu verdad, dales tu corazón, con medida, con prudencia, como lo enseña Budha, y será como si les dieras resurrección y vida.

Me gustaría que leyeras una o dos buenas obras sobre el arte de educar; por mucho que sea tu intuición, te sería útil conocer lo principal que la ciencia y el arte ha alcanzado en eso. Por cierto, no es mucho. Yo te buscaré lo que te conviene saber.

Ayer le giré a Merceditas cincuenta colones para el giro de mi niña. Vacilé mucho en hacerlo, y lo hice sintiéndome humillado, pues yo sé que Mechecitas ya no me quiere como antes, si acaso me quiere algo todavía. Pero me dije que vale más humillarme yo que no hacer sufrir una demora a María y a la niña ¿Quién sabe si la madre no estará en grandísima necesidad de ese dinero?, Además, recordé que Merceditas, de su propio impulso me ofreció una vez ser una hermana para mi niña, y no tengo motivos para creer que ya no siente así. Si me la quiere a ella, con eso me conformaré.

Al llegar trataré de ver pronto a Sarita, para saber de ella y de ti, adviértele de mi visita.

Mi propósito es enviarle a María, siempre que pueda, unos cincuenta colones mensuales, para que vaya guardando un fondito, ella es muy económica, con que irse al campo con la niña, siquiera dos meses. En un año, se puede guardar para ese descanso, o por lo menos, recoger la mayor parte de lo que costaría. Ya se verá cómo les completo lo necesario.

Hijita, sería para mí el colmo de la dicha si pudiera verte, y hablarte largamente, íntimamente. Son tantas las cosas que tengo que decirte, y que no puedo confiar al papel. A ti sola, o con Mechecitas o con Sarita, yo puedo confiar todos mis pensamientos ¿No podrás hacer que yo tenga dos horas de esa ventura?

Te ruego que le escribas a Nela, aunque sea una carta breve. Ella y mi María han sufrido mucho con esos silencios tuyos tan largos, y se sienten olvidadas. Nela está muy resentida por el incomprensible silencio de Merceditas cuando tu grave enfermedad; lo atribuye a que ustedes han cambiado con ella. Sin necesidad de referirte a eso, le podrías enviar cuatro palabras dulces, como son siempre las tuyas, y con eso le harás mucho bien.

Te quiero advertir que Nela, bajo su exterior inexpresivo y al parecer vulgar, esconde un alma muy espiritual. Es un temperamento receptivo que vuelve tarde, pero con abundante cosecha. Lee mucho, con suma atención, y se asimila bien lo que lee. Es bastante mística, y muy propensa

a la vida contemplativa. Ahora está leyendo el libro de Hartman, y creo que sacará de ello las mejores orientaciones. Te cuento esto, para que no temas mostrarte con ella, en toda la verdad de tus ideas. Lo curioso es que hasta hoy he penetrado en su interior. Así vivimos en este mundo: ¡ciegos y sordos!...

Ahora hijita, y para darte la mayor satisfacción, te digo que yo también he vuelto a sentirme enteramente libre de odios. A esas dos señoras, las estaba execrando; era algo que se me había vuelto obsesión, y enturbiaba toda mi alma. La insistencia tuya en tolerarlas y disculparlas, me ha curado, y ahora siento como tú, nada más que lastima. Ya lo ves, Santita, como siempre y en todo tu influencia es para mí una bendición.

Abrazo a Mechecitas y a Sarita por mí; dale a tu hermanita los mejores recuerdos. Toma de ese dinerito lo que haya gastar en el giro. O mejor, espera mi llegada para reponerlo.

Adiós, lucecita adorada. Quiera Dios que pueda verte y hablarte.

No exijas nada a tu hermano es eso de llegar a hora fija a comer, ni, en general, por nada que no sea de trascendencia. Suplícale nada más. Que vea que te priva de un goce, por no comer al frente con ustedes. Eso dará resultados, aunque tarden.

“Guarda tu corazón de todo yugo del amor, antes de entregarlo a una mujer de poco mérito. Un hombre que careciere de sentimiento elevado podría ser feliz con ella, a ti te sería imposible. No te queda más medio que vivir en perpetua libertad, o con una compañera que corresponda a la idea que te has formado de la humanidad.

Ha de ser una de aquellas almas elegidas que comprenden la belleza de la religión y del amor. Si encuentras una mujer de esta especie, si la ves animada de un ardiente amor de Dios, si la crees capaz de un noble entusiasmo por la virtud, si la ves atenta a hacer todo el bien que puede, enemiga irreconciliable de toda acción moralmente baja, si a estas cualidades une un ingenio cultivado, sin ostentación alguna; si con este mismo ingenio es la más humilde de las mujeres; si todas sus palabras y acciones respiran la bondad, sentimiento elevado, una elegancia natural, una firme voluntad de no faltar a sus deberes, esmero en no afligir a nadie y en consolar a los afligidos, y en servirse solo de sus encantos para ennoblecer los pensamientos ajenos, ¡... oh! Ámala entonces con un grande amor; ¡con un amor digno de ella!

Séate un ángel tutelar, una viva expresión de la ley divina para alejarte de toda bajeza, para impulsarte a toda loable acción. En todo lo que emprendas, procura alcanzar su aprobación; procura de que su alma

hermosa se regocije de tenerte por amigo; procura honrarle no solo delante de los hombres -lo que poco importa- sino delante de Dios que todo lo ve.

Si alma tan elevada, tan fiel a la religión posees, tu grande amor para con ella no será exceso ni idolatría. La amarás, precisamente, porque sus deseos estarán en perfecta armonía con los designios de Dios. Admirando los unos, admirarás los otros, o por mejor decir, serán siempre los de Dios los que admirarás. Si fuere posible que su voluntad llegase a contrariar a la de Dios, se desvanecería tu delicioso encanto y dejarías de amarla.”

Hijita mía, estas líneas he copiado yo, hoy 14 de septiembre, a las 8 de la mañana, para responder dignamente a tu esquela de ayer tarde. Son de Silvio Pellico, autor de “Mis prisiones”, en una edición que incluye al final, un ensayo sobre los “Deberes del Hombre”. Hojeando libros aquí, fui a dar con uno en que vi, al solo abrirlo, ese trozo que se llama “Dignidad del Amor”, y viendo en las dos primeras líneas que se hablaba de ti, lo compré inmediatamente. Lo guarde para leerlo más tarde. Esta mañana buscando una palabra en mi corazón que dijera lo que deseaba contestar a tu carta, recordé el trozo, y vine a copiarlo.

Ya ves, hijita, lo que piensa de ti Silvio Pellico, y lo que pienso yo; mejor, lo que sé yo: que tú eres el corazón más bello y el más elevado espíritu que me ha sido otorgado conocer en este mundo.

Tienes razón, hijita. Iré y sufriré el dolor de no verte, puesto que así lo quieres para satisfacer lo que te dice tu voz interior. Jamás esa voz hablará a criatura más digna de oír palabras celestiales.

Adiós, mi Ángel bueno. Premia mi tristeza con encontrar aquí, cuando regrese, alguna carta tuya, muy dulce y muy bella. Te amo y te venero.



Que ella me de por compañero!...

Adios, criatura mia adorada. Que el Señor te bendiga, Santita mia, y que sietasre que estoy cerca de ti y que todo mi pensamiento esta contigo. Adios.

A

14 de octubre- 27

Mi pobrecita Hortensia, con profundo dolor y con grandísima lastima de ti, porque sé que voy a lacerarte, te escribo esta, en respuesta a la tuya de ayer, que acabo de recibir, y en la cual me das cuenta de que hay un nuevo

eslabón en la cadena de tu esclavitud, cuál es el miedo a la malevolencia de Don. J.R.U. ¡Pobre criatura candorosa! Ese señor que es tan sagaz como maligno, será cada vez exigente contigo, y hará de ti, como lo hacen otros, una figura decorativa a la cual se lleva y se trae, según lo demanda el interés o el simple capricho. En tu caso una persona valerosa le habría contestado cuando me nombre en son de amenaza: “No tengo interés en que usted me juzgue bien; si quiere obtener algo de mí, será por el camino del respeto, y no por las recriminaciones, a los cuales no tiene usted ningún derecho.” Ese señor, que jamás ha dicho una palabra enteramente verdadera, no dejará de censurarte, aunque te sometas a sus antojos: está en su naturaleza hablar mal de todo, y no se contiene a ello sino cuando tiene miedo. Bastaría advertir que un hombre así tiene empeño en darle prestigio a ese periódico, para desconfiar mucho de la tal empresa. Y si se agrega que el elemento principal de ella es el hombre de la más grande apostasía que se ha conocido en El Salvador, ya hay de sobra motivos para no consentir en que el nombre de uno ande mezclado en cosas tan oscuras y sospechosas.

Tu padre, hijita, se llamaba el Doctor José Madrid, que padeció y murió de tristeza en una lucha titánica contra los Yankis. La revolución que acaba de ser vencida en Nicaragua y cuyo vencimiento significa la pérdida total de la independencia de aquel país, es, en espíritu y verdad, un renuevo, una floración de la campaña heroica y desgraciada de que fue víctima desdichada tu padre. Y el señor B.A, o “El Salvadoreño”, como ingenuamente le llaman ustedes, es el hombre que apenas hace nueve meses, aplaudía en un diario que el gobierno de Quiñones apoyara con todas sus fuerzas a los traidores que acudía su patria; es el mismo hombre que, en los momentos, en que los revolucionarios regaban con su sangre los campos de Nicaragua, pedía al gobierno de aquí que se pensara la manera de sacar de aquí a los emigrados nicaragüenses, ¡porque dificultaban el pan de los salvadoreños! Es contra tu padre, Hortensia, contra quien ese señor ha erguido su pluma, y si no fueras tan candorosa y tan niña boba, yo creería que no sabes lo que es amor filial ni estimación a quienes se han sacrificado por la misma causa porque murió tu padre.

Eso de que te busca para apadrinar ese diario es por simpatía, y que sería un desaire rehusar, no merece más nombre que el de infantilismo. Aunque lo fuera, no estamos obligados a secundar a todos lo que nos encuentran simpáticos en sus intentos necios o perversos. Hay algo que está mil veces por encima de la simpatía, y es la conciencia. Y cuando se trata de actos que afectan a la comunidad, entonces la simpatía no cuenta por nada si está en contra de lo que pide la conciencia.

Si tu padre viviera, absolutamente seguro de que no permitiría que dieras

tu nombre para semejantes padrinzos, pues yo, en este caso, me siento absolutamente autorizado para decirte no. No, Hortensia: es menester que de una vez para siempre comprendas que yo, antes de toda satisfacción que pueda traerme tu cariño, prefiero verte respetada y honrada por todo el mundo. Y no te respetan, hijita; todo el mundo te lleva y te trae a su antojo, para sus conveniencias. Y eso, porque saben que no tienen ustedes quien las proteja. ¡Hasta han llegado, según me contaste el otro día, a pensar en convertir tu casa en club político!

Si ese señor J.R.U. te estimara y te respetara, habría ido a tu casa a convencerte de que era razonable y bueno lo que pretendía de ti. Pero como no te respeta, te abordó en el cuarto de una cómica, y te convenció, o, mejor dicho, te obligó por malos artes, a consentir en lo que él deseaba.

Eso de que es benevolencia ayudar en tu nombre a esos señores porque prometió realizar una labor de justicia y libertad, es otro infantilismo, que me cuesta no calificar con mayor dureza. Que la realicen: que laven siquiera durante cinco años el lodo que han acumulado y los odiosos ataques a los que representaban la libertad y la justicia, y entonces será tiempo de ver si merecen que se les ayude y se les aplauda y les preste uno su prestigio.

¿Ves, hijita? Todo esto te ocurre por no tener voluntad; por andar metida (perdóname la ruda palabra que nunca debí yo escribir) en lo que no entiendes; por seguir el camino de tus tías, que se imaginan que en el mundo todo es hablar y amontonar objetos y adverbios. Y por eso, porque sé que no entiendes de estas cosas, te supliqué y obtuve de ti el compromiso formal, siendo testigo tu hermano, de que no resolverías nada en asuntos de transcendencia, sin consultarme antes. Y para que se te hiciera pesada y tiránica esa promesa, te prometí yo hacer otro tanto contigo. Por miedo a U. y por no desagradar a Merceditas, y por no saber decir no a no sé quién, faltaste ya a tu palabra. Sin embargo, no te dio miedo de que yo tuviera un profundo desencanto al ver que te dejabas sujetar y reducir, y más bien esclavizar, en un asunto que ya te había pintado con todos sus feos aspectos.

Lo que más me duele, lo que me asusta, es que no será la última vez; seguirá manoseándote, esta es la palabra, porque no sabes rebelarte; porque no te haces cargo de que tu misión en la vida no es hacer la tarea de los demás sino la tuya propia; Dios mío, yo que he soñado una misión tan alta, una vida tan noble para ti, y que hasta hoy, por lo menos, tengo conciencia de haber trabajado para ella, según mis fuerzas, ver que has de escallar siempre, de hacer fracasos todos tus maravillosos dotes, porque te imaginas que has de ser el instrumento de todo el mundo; porque crees que la bondad consiste en dejarse llevar de todo el mundo.

Hijita, yo no tengo en esto ningún interés personal. Soy yo uno de los

que han deseado, y he influido en ello, como te lo detallare otro día, para que el Sr. B.A. reanude sus trabajos con ese periódico. Porque aprecio mucho su capacidad mental, su facilidad de escribir, sus conocimientos, sus actividades, y porque sé que es pobre y tiene hijos, y es justo que gane su pan. Al señor J.R.U, le tengo mala voluntad, aunque sé también que él me la tiene a mí; yo no me disgustaría porque colaboraras en su periódico o en cualquier actividad suya, siempre que te trate con respeto, y no como el acostumbraba con todas las personas que no se hacen respetar, no tengo nada contra ninguno de los dos, y aún es probable que yo les ayude, sí, sé ve que lo necesita y lo merecen. Pero, hijita, la justicia, la consecuencia, el respeto a las ideas y a los que se han sacrificado por esas ideas están por encima de la tolerancia y de la benevolencia. Y así como en cosas que solo toquen con tu propio ser te digo que perdones setenta veces siete cada día, así te digo que no escarnezcas con tu benevolencia intempestiva y con tu perdón innecesario, la verdadera justicia, la verdadera libertad, ultrajados y vilipendiados sin misericordia por esos señores que ahora, porque les permiten hablar, se convierten en apóstoles y en héroes.

Hijita daría cualquier cosa por no haber escrito y por no enviarte esta carta. Si se tratara de mí, te diría mil veces: “no te inquietes; viniendo de ti todo es dulce y llevadero”. Pero se trata de ti, de tu conciencia, de que te respetare, de que te hagas estimar; de que no seas maniquí de intrigantes o de absurdos. Yo sé, y lo tengo aceptado, aunque sea con mucho dolor, que siempre que haya conflicto entre mí y Merceditas; Josecito; tus tías, y hasta con extraños a quienes temas, yo seré pospuesto, y harás lo que ellos quieran o piensen, no lo que yo deseo. Ya lo sé, y no por eso te he de querer menos, pues mi anhelo -algún día el espíritu de tu padre y el de tu madre te lo dirán- es cada día mas, servirte y amarte con desprendimiento absoluto. Pero en casos como este, yo diré no, porque la justicia, el honor, la lealtad, la nobleza, la seriedad, la reflexión, todo lo que anhelo ver relucir en tus actos, está de mi parte. En este caso, Merceditas no sabe lo que hace ni lo que dice. Díselo así, aunque se enoje y me aborrezca, que yo tampoco necesito de que me recopense para quererla. Lo que le reprocho es que abuse de tu debilidad, obligarte a cosas que tu corazón y tu conciencia no acepta, pues bien, se trasluce en tu carta que no estás contenta de haber aceptado esas imposiciones.

Hortensia, termino. Estoy cansadísimo: he trabajado toda la mañana en mi libro, y apenas puedo ya tener la pluma. Seguramente esta llegara tarde, y es casi seguro que cuando llegue estarán ustedes bebiendo champaña en honor de la Empresa de Libertad y de Justicia, que prometen los que aplaudían y aconsejaban toda clase de villanadas contra los soldados

y mártires de la Libertad de tu país. Eres libre, hijita, y lo mismo tus hermanos, y yo no dejaré por eso de amarte con todo mi corazón. Solo una palabra para concluir: le dije a Josecito, muy claramente, y se lo repetí en tu presencia, que “si para asegurarme una atmósfera de respeto y de tranquilidad era necesario que yo me desterrara para siempre de San Salvador, estaba dispuesto a desterrarme”. ¿Quieres reflexionar, Hortensia, un momento, en que ese sacrificio y todo los demás que yo haya podido hacer o esté dispuesto a hacer, sería menos que basura, si tú has de seguir, por miedo a no sé quiénes, procediendo en contra de ti misma y de lo que te aconseje y deseo de ti, porque te amo y te respeto y te estimo más que nadie en este mundo?

Adiós. Que el señor te ilumine, como te iluminaría yo, si pudiera, si mi luz fuera tan grande como mi cariño.

A. D.

De los libros que envié a Josecito, dos eran para ti. A él le supliqué con instancias que me enviara la dirección del “Consulado General de El Salvador en París” y no ha tenido la bondad de servirme en eso.

Hijita, se me olvidaba decirte que tú, si sabes quién eres, y si deseas ser lo que puedes y debes ser, no debes andar en el cuarto de vestir de las cómicas, sean quienes fueran. Eso se queda para los hombres. Yo sé bien lo que te digo, y porque te lo digo. Pero el amor de tu madre, y por la memoria de tu padre, hijita, fíjate lo que haces.



15 de octubre/1927

Mi pobrecita criatura, esa maldita carta que te escribí ayer me tiene enfermo, y como si toda mi sangre se hubiera inficionado de un veneno pertinente y convulsivo. La llamo maldita; no porque desee cambiar en ella ni una palabra, pues toda ella es sincera y justa, sino porque con ella se me ha ido uno de los muy pocos y gratísimos sueños que aún me quedaban: el de no escribirte jamás una palabra acre o irónica, o hiriente en forma ninguna. Yo me decía: por lo menos, ella nunca sentirá la amargura de qué yo la escarnezca; ya que hablando soy a veces violento e injusto, al escribirle seré siempre suave, ecuánime, justo y paternal. Y así, cuando ella sea ancianita y nadie me recuerde ya, sentirá que le he dejado un tesoro en mis cartas: un tesoro que podrá llamar “el libro de la ternura”.

Y ya ves, ¡hijita! ¡Con esa carta de ayer, tan iracunda, tan acerba, se murió mi sueño!... No podía evitarlo: era necesario hacerte sangrar el corazón, para ver si reaccionas y te dices, por fin, que eres una criatura libre, responsable ante Dios, y no una desdichada esclava que todos puedan coger para instrumento de sus fines. Hijita, como yo conozco toda la ignominia que hay en la esclavitud y hasta que abismos de vergüenza y de maldad puede bajar el esclavo, se explica que ahora que he roto, por fin, la cadena única que soporté en mi vida, nada se me haga más execrable que la opresión, ni nada más santo y más bello que la libertad. Si, aborrezco, detesto, abomino todo lo que es imposición, opresión, tiranía, así venga de Dios, cuanto más si viene de los hombres. Mi última palabra, tal vez mi única y verdadera palabra, será un libro en que exhortaré a los hombres a que se rebelen: a que rompan todos los yugos; a que se subleven contra el padre, contra la madre, contra el hermano, contra el amigo, contra la ley y contra la fe, contra el amante, contra el hijo, contra todo lo que, en este maldito y estúpido planeta, coacciona y cohibe y oprime y apasiona. Y si mi palabra contribuye a que el orden y la cultura se hundan, mejor, pues siquiera lo que perece se liberta, o por lo menos cambia de cadena.

Hijita, me duele el corazón de pensar que tu hermana, a quien tantas veces rogué yo que te alentara y te sostuviera con su fortaleza, a ti que eres tan débil, haya caído en el triste y vulgar error de creer que el amor consiste en imponer a la persona amada nuestros ideales de vida, para convertir así a los demás en copias nuestras. Cuando en verdad, consiste en lo contrario: con ayudar a cada uno a que desarrolle su propio ideal, según lo que cada uno tiene en su corazón y en su espíritu. No tenemos la misma edad espiritual, sino que unos han andado más que otros. Hay quien está capacitado para ser esbirro y quien para ser libertador. Unos para dar y otros para quitar. Unos para acaparar, y otros para repartir. Y el amor consiste en comprenderlo así, y en ayudar a cada uno a que, dentro de esa vocación que es la resultante de su destino, de sus vidas pasadas, haga lo mejor, lo menos malo. Hay el buen ladrón, y el mal ladrón, y en presencia de este, el deber aconseja, no forzarle y torcerle y deformarle para que se haga franciscano, sino ayudarle a que sea buen ladrón, el ladrón más noble posible: que no mate, que no les robe a los pobres, que no incendie la casa robada. Eso no nos impide tener encendida la antorcha y en alto, para que todos vean su luz y cada uno avance cuando pueda en el camino de su perfeccionamiento. Por no comprenderlo así hay en el mundo tanto fanatismo, tiranía, presión, extorsión, crueldad y prisiones de todo género.

Merceditas debería reflexionar sobre esto, porque “a quien mucho se le dio, mucho se le habrá de exigir”, y no es justo que ella tan penetrante y

generosa, venga a la vida a aumentar la inmensa legión de los inquisidores y de los jueces. Te lo digo así, porque en ese desdichado asunto del Salvadoreño, que a estas horas ya se habrá consumado de muy fea manera, tú no has procedido según tu leal entender, sino por miedo a otros, y principalmente a ella. Así se desprende claramente de tu carta.

Hortensia, hijita mía, es menester que yo no continúe siendo para ti un manantial copioso y constante de dolor, de temor, de inquietud, de sobresalto. Es menester, y mi conciencia y mi corazón me lo exigen con voces muy severas, que tu recobres la serenidad, la paz. Que vuelvas a ser la niña contenta, estudiosa, risueña y jovial, entregada a tus quehaceres y a tus anhelos de cultivarte y sobresalir. Tu inteligencia, tu memoria, tu actividad y tu talento, para eso se te han dado: para que seas una mujer ilustre, que honre a los suyos y ejemplarice a los extraños.

Ahora, y desde hace ya tiempo, vives en constante sobresalto, amargura e inquietud, temor, por mi causa. No me arrepiento, porque esta dolorosísima y cruel experiencia te será de inmenso provecho. Por algo suceden las cosas, y Dios sabe a dónde nos conduce. Es casi seguro que estas indecibles tormentas que por mí has sufrido, eran la vacuna moral que necesitaba tu espíritu, para ver la vida con ojos atentos y clarividentes. Además, en cambio de tus muchos dolores, has tenido la satisfacción inmensa de ayudarme a mí a recobrar mi lucidez de conciencia, a entrar en el camino de mi deber, a borrar mi grande ignominia; y has salvado así de la miseria, acaso de la ruina, a la pobrecita criatura a quien yo había abandonado. Esta ha sido una obra bella y santa, y esa es tu recompensa. Mas ahora, es necesario que te libertes y que vuelvas a la paz, a la serenidad, para que tu vida no fracase. Así como estás viviendo vas ciertamente a estrellarte contra los más peligrosos escollos: eres víctima del miedo, presa constante del temor al qué dirán. Si te rebelas contra lo que quieren o piensan los demás, por satisfacción a mí, vives temblando de sus censuras; si te pliegas a sus exigencias, te asustas y tiemblas de que yo me enoje y te reproche. Eso no es vivir. Fíjate en tus cartas: que son, desde hace tanto tiempo, con rarísimas excepciones, sino cartas de sobresalto, de angustia, de inquietud, ¿de dolor? ¿Y qué es tu vida y tu trabajo y tu trato con los demás sino sobresalto y temor y angustia? Me toca a mí devolverte la paz, el control de ti misma, para que hagas bellamente tu obra y andes tu camino sin recoger del solo espinas. Para esto hijita, es menester que te sientas libre de mí; enteramente libre. Solo entonces serás capaz de ser tú misma, y de regir tus actos con dignidad y seguir tu conciencia. Yo he comenzado ya a enderezarte la senda, a purificar la atmósfera en que has de respirar: lo que he tenido que sufrir y consentir para que se efectuara por fin ese viaje,

tu no lo sabes, y vale más que no lo sepas. Era necesario para que cesara la persecución contra ustedes, para que los ladridos de la jauría se acallaran. Para acabar de sanearte el ambiente, después de mostrarme ante todos reconciliado con R... me he venido aquí, a vivir solo, sin más ambiente que el cariño de mi madre y de mi hermana, y sin más regocijo que esperar y recibir tus cartas. Tú, que tienes ahí amigos, trato social, libros, recitales, música, comuna espiritual de todo género, no sospechas lo que es mi vida aquí, sin otro consuelo que mi pluma.

Bien, pues, por tal de verte de nuevo contenta, sosegada, dueña de ti misma, yo me obligo a no volver a esa ciudad sino cuando tú me llames; y si por necesidad hubiese de volver para negocios inevitables, a estar ahí lo menos posible, y a no verte, ni a los tuyos, si crees que eso te perjudica. Es decir, que me resuelvo a comprar tu paz con mi destierro.

No es esto solo: quiero que no te sientas ligada a mí por ninguna promesa o vínculo que se haya creado entre nosotros. Yo los anulo todos, por lo que hace a tí, y te dejo absolutamente dueña de ti misma, señora de tus actos y de tus palabras. No estás obligada a escribirme, ni ayudarme, ni a consultarme en nada, y si me consultas, no estás en ninguna manera obligada a seguir ni acatar mi consejo: no solo puedes no seguirlo, sino que puedes combatirme, hasta por la prensa si quieres, si así lo crees bueno; y yo no por eso he de cambiar contigo en lo más mínimo. Yo seré única y fielmente para ti, el calorcito que se busca cuando se tiene el alma transida de frío, la lucecita segura y leal que buscamos cuando nos sentimos presos de las tinieblas. Se libre, hijita, vive sin temor ninguno de mí, segura de que, si cometes errores o faltas, sea cuales fueren, en el instante en que llames a mi corazón, se te abrirá de par en par.

Regula tus relaciones conmigo, con entera independencia: escíbeme cuando quieras, cuanto quieras, y en la lengua que quieras. Tus cartas hallarán mi oído atento y gozoso, ya les hables al amigo, al maestro, al compañero, al hombre que alguna vez ha sido tu ideal, al hermano, al esposo espiritual. Escíbeme sin inquietud, sin zozobras; cuéntame de tu vida lo que te parezca, y oculta lo que te parezca. Y no entres por mí en conflictos con nadie. Cuida a los demás si así lo pide tu razón y tu corazón, y colócame a mí en el lugar que me dejes, donde yo, resignadamente me coloco desde ahora. De tu amor, de tu amistad, de tu vida, yo tomaré, sin quejarme nunca, sin exigir nunca, la parte mínima que tú espontánea y gozosamente me dejes. En fin, hijita adorada, que no haya en las cadenas que te opriman un solo eslabón forjado por mí; que, si los demás son para ti la opresión, sea yo la libertad; que, si los demás te inspiran miedo, yo te inspire confianza y seguridad; que, si los demás te asfixian, yo te de aire y

alas.

No sé cómo le llamarás tu a esto; yo le llamo amor: amor de verdad, total, el más grande y más puro que puede un hombre sentir, y tal como yo no imaginé antes que existiera.

Un día llegará en que tú lo llamas así también, y al recordarme, cuando tu alma este saturada de tedio y desesperación, a fuerza de sufrir yugos y cadenas, pagarás a mi memoria este tributo: “Él no me oprimió”; el me amó más que nadie, puesto que respetó como algo sagrado y divino, mi libertad”.

Lee muchas veces esta carta. Yo, después de una noche de cruel insomnio, he aliviado escribiéndote una gran parte de mi tristeza.

Te ruego que me devuelvas, en cuanto las leas, las cuartillas de Hombre o Vampiro. Sin ánimo para continuar por ahora mi “Vida de Jesús”, trataré de seguir ese otro libro, que expresa fielmente lo que pienso y siento de este mundo asfixiante donde la gloria, el poder y la dicha son la herencia de los que saben oprimir y tiranizar.

Te ruego, hijita, que, si me escribes, la hagas a mi propio nombre; con solo escribir el sobre a máquina, estás a cubierta de indiscreciones. Te ruego, también que me devuelvas la carta de María, para contestarle. Yo te devolveré la tuya pasado mañana.

Adiós mi Ultencha. Nunca he sentido que te amaba tanto como ahora; nunca he sentido como ahora una necesidad tan grande de comprar tu paz y tu dicha a costa de todo sacrificio. Que Dios me lo tenga en cuenta. Ayúdame, hijita mía adorada, a devolverte tu libertad y tu serenidad. Y sí has de amarme, que sea de manera que mi amor no sea para tu corazón, una corona de envenenadas espinas.

Con toda mi fe, con todo mi anhelo de sentirte feliz.

A.M.



#

Esos pétalos son de una bellísima rosa que se abrió esta mañana. Yo guardaré los otros, junto con tu carta.

Señorita

María Lidia Hernández

San Salvador

Apartado 104

25 de octubre-127

(a-) (pétalos)

Enviadas en distintas cartas y fechas



Resp. P. 364

26 octubre de 1927

Mi muchachita linda, mi perlita única, estoy contentísimo, pensando que mi carta de anteayer te habrá hecho olvidar todas las tristezas que en las otras te había hecho sufrir. Cultiva ahora con amor el pensamiento de no volver a martirizarte, de ser para ti solo suavidad, dulzura, paz y confortamiento. Aunque a veces tus cosas me parezcan inaceptables - ¿me las vas a consultar siempre, verdad? - te lo diré con tanto cariño, que en nada te molestará mi desaprobación.

Hijita adorada, has de estar abrumada de trabajo ahora, y sin duda no tendrás tiempo de escribirme, pero no te preocupes ni te inquietes. Cuando te desahogues, entonces me escribes una carta inmensa en que venga tu corazón, tus ojos, tu sonrisa, tu voz que es mi música, y mil caricias de tus manos benditas.

Yo también, lindita mía, estoy abrumado de trabajo y de cansancio: comencé ayer a tomar notas sobre el tema de mi conferencia, la carne, veneno de nuestra alimentación, y apenas cogí la pluma me fue saliendo ¿Qué dirás? Una evocación de la figura histórica de Abraham, de su gran rol en la civilización humana. En eso trabajé ayer todo el día, y más bien alguien trabajó valiéndose de mi mano y de mi cerebro. ¿Cómo te explicas esto? Hoy, haciendo un gran esfuerzo, tomaré las notas que necesito, y luego concluiré ese otro trabajo, que, en verdad, es muy interesante, y puede resultar muy bello.

¿Has pensado en mí, chiquita mía? ¿Me has enviado alegría y fuerza en

tus pensamientos? ¿Has soñado conmigo? ¿Te has dicho que yo estoy aquí, adorándote, y que eres una flor de luz que yo siento divina? ¿Es verdad, amorcita mía, que eres feliz porque yo te amo, y que tus penas se suavizan cuando te sientes así tan adorada por mí? ¿Cuándo me escribirás otra carta en francés, colmada de caricias y de ternezas?

Hijita mía, yo concluyo: no podré escribirte bastante hasta el martes próximo, cuando haya salido de mi conferencia. Ni tendrás tiempo de leer mis largas cartas; pero si acaso tienes, lee de nuevo algunas de mis anteriores: la más amorosa, aquella en que te haya dicho más ternezas. Y cuando estés leyéndola, piensa que estoy junto a ti, acariciando tu cabecita, y jugando con tus manos adorables.

Adiós mi luz; que mi divino Helios te colme de sus gracias y de sus esplendores; que haya de tu corazón un cántico, que todo en ti sonría, y que, a tu andar, por donde pases, derrames divinos efluvios. -Te amo con todo mi ser.



no podrías enviarme “¿Hombre o vampiro?” De aquí una copia
a maquina, pues he encontrado quien me trabaje. ¿Sacaste
el Anagrama de “mi Rosa The?”

Adios, hijita, Que mi Señor, el único en que espero
y creo, te acompañe, te ilumine, y te de paz

Jueves, 10 de noviembre, 27.

Hijita dulce y pobrecita.

Avisame lo que resulte del examen de tu niño; él me telegrafió ayer diciéndome que se examinaría esta noche. Deseo ardientemente que salga bien, para que no venga un nuevo dolor sobre ti.

¿Cómo estás? ¿Te has desprendido siquiera de tus faenas del colegio?

Yo estoy ocupado en devolver los libros que traje en comisión; no se vendió nada, pero me han distraído unos días, que era lo que importaba.

Joaquín G.M. me dice que van a reproducir “El Dinero Maldito”. De Quezaltenango me piden ejemplares, que ya no tengo; es posible que también lo reimprimen allá, pues me piden autorización. De Montevideo me escribe Gastón Figueira (aquel poeta de que leímos donde Toña, “Estrella Azul”, “La Hermana” y otros poemitas) una carta muy elogiosa y comprensiva sobre “la Vida de Jesús”. Tulita Van Severén otra muy cariñosa en que me habla también de ese libro. Del Ecuador, un recorte muy entusiasta, hablando de “Las Siete Cuerdas de la Lira”. En Costa Rica, publicó Max Jiménez un artículo sobre la vida de Jesús, no malo, y muy benévolo para mí. Se abren caminos mis pobres libros. Cuando te desahogues, te enviaré alguno de esos papeles.

Hijita, no te hablaría de esto sino supiera que gozas con esos éxitos. A mí, personalmente, me son indiferentes, pero si me agracia que les allanen la senda a mis libritos. Ahora, más que nunca, me siento desprendido de la gloria actual y póstuma. Es un fantasma.

Lo único que me interesa profundamente, es entrar en paz total con los hombres y con las cosas. Anhele sentarme a la orilla del camino que recorren los demás, afanosos y presa de mil inquietudes, y quedarme ahí, como simple contemplador de sus luchas inútiles. Porque, en verdad, todas nuestras luchas son inútiles; el mundo continúa lo mismo, inalterable, y nos devuelve todos nuestros afanes y sacrificios, convertidos en dolor.

Por eso yo te ruego que descanses y que te serenes; que hagas tus faenas y tus cargas, sin zozobra, sin atormentarte, sin crucificarte. Y que aproveches toda ocasión que se te ofrezca para distraerte y divertirte, porque lo contrario es insensato, y solo sirve para quitarnos fuerzas, cuida de tu reposo, y cultiva tu voluntad. Hijita, estoy convencido, totalmente convencido, de que en el Universo la voluntad es todo: solo ella crea, ordena y sostiene la vida. Dios no es otra cosa que una Voluntad Irrestricada, sin limitaciones de ningún género. Y nosotros, mientras no lleguemos a saber querer, no seremos sino instrumentos para el mal, o materia explotable de los que quieren el mal.

¿No te fastidia en estas divagaciones? Pero si no te converso algo de mis pensamientos, ¿cómo librarme de ellos? Y luego, todo viene de que sufro mucho pensando en que tu vida se ha tornado una malla de obligaciones, deberes, faenas, inquietudes... ¡pobre de ti!...

Quisieras que tomaras ejemplo, un tanto, de mi madre: ella se ha arreglado siempre de manera que en alegría y en libertad se salva por encima de todos – Y es feliz – Adiós hijita; con toda mi alma deseo que te serenes y descanses.

San Vicente, 14 de noviembre de 1927

Querida Merceditas:

Gracias por su telegrama de ayer. Que grata sorpresa, ¡y que a tiempo vino! Acostumbrado ya a la triste idea de que usted ni me quiere ni me recuerda, sentí que bajaba de las nubes una lluvia fresca y vivificante, para hacerme creer que no estoy solo en el mundo enteramente solo y del todo olvidado... Y todo eso, por un simple y breve mensaje.



26 de noviembre - 27 - Sábado.

Hijita mía, te escribí largamente el miércoles de esta semana. Espero que ya estés más adiestrada en tu oficina, y que puedas ir descansando algo de tantas fatigas.

Quería decirte varias cosas: 1° Que leas con atención el libro “Karma-Yoga” que le envié a Sarita. Es un abismo de belleza y sabiduría, y anhelo que lo conozcas, puesto que yo lo he leído tanto. Léelo tranquilamente, sin fatigarte para nada. 2° Que no uses demasiado al hablar ni al escribir los adverbios terminados en mente, porque su abuso empobrece el estilo, lo hace vulgar y confuso, y además monótono. 3° Que no dejes de leer cada día algún libro selecto, para que el oficinismo no te entontezca. 4° Que salgas cuanto puedas a respirar aire libre, al campo; y 5° que no tomes en serio las politiquerías de esa ciudad, siempre entregada a una nueva bambolla.

En mi anterior te preguntaba acerca de tus posibilidades futuras para ayudarme en mis trabajos; quiero añadir ahora, que no es porque yo no pueda con algún esfuerzo prescindir de tu ayuda, pues, en efecto, cada vez que hay necesidad, prescindo de ella, para que descanses- sino porque nuestra unión es, sobre todo, y fue siempre, y anheló siempre ser espiritual: es decir, trabajo de los dos en una obra común; corazón y mente de los dos, unidos para abrirle camino a nuestras ideas y anhelos.

Yo me siento defraudado, al pensar que tú puedes permanecer extraña a mi labor; y por eso me cuesta tanto trabajar, alejado de ti: estaba acostumbrado a comunicarte todas mis ideas, con todos sus matices; a discutirlos contigo; a verlos exactos y transparentes en tu mirada y en tu voz, o confusos, truncos y sin enlace bastante, en tu indecisión o en tu frialdad. Cada vez que iba a tu casa, volvía yo confortado, iluminado, porque al comunicarte mis pensamientos, si lograba tu adhesión entusiasta, sentía yo que estaba en presencia de la Verdad Viviente... En aquellos días, mi obra era para ti el mayor deber y el mayor anhelo; era nuestra obra. Ahora...

Ahora, que nos han separado; ahora que gentes que nada intentan ni hará nada en este mundo que no sea para servir sus mezquinos caprichos y sus mezquinos intereses, me han apartado de ti- que es como hundirme en una bruma fría y espesa- no me queda más esperanza que mantener, siquiera en tus cartas, el reflejo de aquel sol que me alentaba y esclarecía. Y por eso sufro tanto cuando te veo, o me imagino, entregada con toda tu alma, a ideas o sentimientos que dejan en la sombra, o borra enteramente, el interés de trabajar conmigo. Fíjate: si tus vínculos conmigo acabaran por ser meramente emocionales, simple efecto de alma, como otros, ¿de qué me serviría? ¿Qué fuerza ni que ley sacaría yo de saber que tú me admirabas y me estimabas y me tenías cariño, y deseabas mi bien? Lo que me ha importado; lo que me importa sobre todas las cosas, es saber, sentir que amas mi obra sobre todas las cosas; que trabajar conmigo es el valor supremo; que darme fuerza, fe, entusiasmo, valor, es para ti, una misión, algo que está por encima de todo y de todos.

Si esto es aun así, y si ha de ser siempre así, tu tendrás necesidad de organizar tu vida de manera que yo no sufra tantos ni tan largos silencios, que me hace padecer el más cruel abandono; será necesario que sigas, como antes, estudiando el mismo libro que yo, examinando la misma idea, que yo, y acariciando la misma aspiración que yo acaricio. Y será necesario que entres, por fin, en la senda del valor; porque sin ese valor, no puedes ayudarme. Si esta unión conmigo, tan alta, tan bella, tan desinteresada, tan abnegada y generosa, pues no buscamos sino aliviar en algo el dolor, y disipar un tanto las tinieblas que padecen nuestros prójimos- si esta unión así, verdadero matrimonio divino, solar excelso, te obliga siempre a ti a esconderte, a evadirte, a temer que se sepa que me escribes y que me ayudas, y que me sigues, - entonces, no alcanzaremos nada; no haremos sino sufrir constantemente un dolor sin recompensa y sin objeto.

No te imaginas, hijita querida que estoy escribiéndote movido por el desaliento o la tristeza; no, estoy ahora sereno, ecuánime, y capaz de sondear valerosamente en mi posada y en mi porvenir. Este porvenir mío

se limita a unos seis años de capacidad mental; a mi edad, en estos climas, los hombres degeneran violentamente, al grado que apenas hay quien no choquee a los sesenta años. Pues bien, haciendo milagros de régimen físico y moral, creo yo que puedo llegar a vivir seis años más con lucidez bastante y vigor bastante para terminar mi obra.

Y ahora, si creo en mi obra: son tantas y tan espontáneas las adhesiones, las voces de aliento que me llegan, y los resultados que yo mismo veo en torno mío, que ya es evidente para mí, que puedo y debo trabajar en el sentido en que lo vengo haciendo.

Hasta puedo decirte a ti solamente, que estoy seguro de que hay una labor en estos pueblos, que soy yo- y no otro- quien puede hacerla.

Pues bien, mi compañera, tú que has sido mi luz y mi fuerza: ¿No te atreverás nunca a serlo plenamente? A no sacrificarme a perjuicio y a tiranías estúpidas, a falsos deberes, a miedo injusto y absurdo de gentes que nada son, que nada te dan, ¿a quién nada les debes? ¿No tendrás nunca el valor de decir con tus actos, y con tus palabras: “creo en él, y estoy identificado con él en aspiraciones, y trabajo con él en busca de un mismo ideal”?

Piensa, hijita mía; reflexiona en lo que yo necesito, en lo que puedes darme, y en la influencia inmensa que puedes ejercer en mi vida y en mi obra, para levantarla o para deprimirla. ¿Estás segura de que tu corazón me prefiere a todo? ¿Estas segura de que tu amor por mí es tan grande como dices, y que llena tu vida? Si es así te parece que debemos continuar siempre temerosos, siempre escondiéndonos, siempre dando lo más y lo mejor a otros, ¿y a nosotros solo lo que consientan los demás?

Hijita querida, no te imagines que estoy trazándote una regla de conducta fija y estrecha: no, sino marcándote una orientación, y procurando que leas en ti misma; que veas con entera claridad en tu alma, y que orientes tus actos, según lo que encuentres en ella. En suma, que seas fiel a ti misma- Sería interminable decirte cuanto se me ocurre sobre esto; pero te dejo el tema, para que lo medites.

Criaturita mía, me dicen que el Diario del Salvador publicó el lunes de esta, la carta de Sotela: ¿La viste tú? Ahora te envió esa, que no es de ninguna escritura, pero que me conmueve y me llena más que si lo fuera. Léela, y devuélvemela, porque quiero contestarla. Después te la remitiré definitivamente.

Ansioso aguardo que me des nuevas y gratas noticias de tu salud y de tu trabajo. Yo, por más que he querido, aún no prosigo mi libro: estaba muy decaído, muy descorazonado y luego, tenía otras cosas urgentes. Pero veo

venir ya luego el momento de reanudar mi trabajo. Entretanto, he corregido “Lo que nos enseñaron los maestros”, y voy a mandarlo a la Imprenta, para hacer de él un folletito. Nela te llevará el borrador, tal como quedó, para que lo leas atentamente, y me digas tu parecer antes de imprimirlo.

El lunes te enviare otras cartas.

Hijita mía que nuestro señor te proteja y te bendiga; y que te de paciencia para que me perdones, si algo va en esta que pueda lastimarte. Yo no he pensado tal, sino mostrarte mi corazón, tan solitario y triste. Si no te muestro a ti mi vida íntima, mi alma lacerada y temerosa, ¿a quién lo haré?

Anhelo una carta larga de ti, en que me venga luz y fortaleza.

Criatura mía divina, te bendigo con toda mi alma.

A

Hijita mía, con que deleite he releído esta carta, y como se renueva mi esperanza de ser, algún día, ¡libres enteramente!...

A



21 de octubre-27.

Amadísima Hortensia.

Tu decías muy bien una vez, que el perfecto amor es no vivir uno en otro, sino que otro viva en uno. Este es el amor paciente, desinteresado, siempre dispuesto a dar y nunca a exigir. Este es el amor fecundo, del cual pueden surgir cosas grandes y bellas; el otro es absorbente, irritable, desigual, envenenador de la vida.

¡Pero qué lejos ando yo de sentir el amor perfecto!

¡Vendrán, pues, esos empleados este sábado, según me lo anuncias en tu telegrama de anteayer lunes! ¿Y descansarás? Porque ya vas adquiriendo el hábito funesto de no descansar, y eso es la ruina segura y total de una vida. Ten cuidado hijita; la vida sedentaria es un tóxico para el cuerpo y el alma. Si no sales, ni andas, ni respiras buen aire ni te agitas, ten por cierto que te envenenas. Donde no hay movimiento hay putrefacción.

Por mi parte, cada vez entro más en la vida activa: tengo machete, serrucho, azadón, martillo, formón; y luego compraré una hachuela. Y mi

cuerpo se rehace día por día. Además, ando, por lo menos, diez cuabras diarias.

Leí que estuviste en un casamiento, y que bailaste hasta después de las doce. ¿Te divertiste un poco? ¿Te hizo bien? Cuéntame, hijita, para recrearme en lo que te haya dado siquiera un momento de alegría.

¿Te acuerdas de aquellos primeros versos que te hice diciéndote que tu emblema en la vida sería Abeille et papillón? ¿Has reflexionado alguna vez en lo que son y hacen esas maravillosas criaturas? Yo acabo de ver, mirándolas, que la abeja ha realizado el ideal de la vida colectiva, y la mariposa el ideal de la vida individual: la primera, dándolo todo para todos; la otra, cogiendo para si lo menos posible.

¡Imagínate una de esas grandes mariposas azules con manchones de oro en las alas!, que se ven ahora, y que solo una vez pasan ante tus ojos... No vuelven a la rama en que tejieron el capullo de que nacieron... pasan, pasan, librando a penas las flores que hallan en su camino, y van a morir ahí donde se les acabe la vida... ¡Que libertad!... La abeja es el hogar; la mariposa el vuelo, la vida libre, el arte hecho vida, por la suprema sencillez...

No me vino ayer tu carta anunciada; ciertamente, no la esperaba, por hallarte tan fatigada. Sin embargo, me entristecí mucho de no recibirla y me desvelé gran parte de la noche.

También me entristeció ver tu nombre en la crónica de esa fiesta. Siempre que veo tu nombre impreso me da mucha tristeza; no puedo evitar este pensamiento: todos pueden oírla, verla, estar a su lado... ¡y no!

Berta viene esta tarde a pasar con nosotros unos ocho días. Si no esta muy cansada hare que me me ponga en limpio lo que tengo de la Vida de Jesús y te lo enviaré.

¿Es verdad, hijita, que te sientes mas descansada con haberte quedado en cama sábado y domingo? ¿Es cierto que lo hiciste así? ¿Podre tener confianza entera en lo que dices?

Si te es posible, ve una tarde con Sarita donde Toña; eso les hace bien a las dos. Además me agradecería que Toña te mostrara una carta mía, referente a "Hombre o Vampiro".

Dale un abrazo a Sarita; pero no se lo digas, simplemente, sino dáselo, y que haga por imaginarse que soy yo quien la abraza.

A Mechecitas le escribire luego, y en seguida a Josecito- Mientras pienso mucho en ellas-

Adiós, mi amadísima hijita, y que mi buena estrella haga que te reanimes y descanses. Mil cosas tengo que escribirte, pero no será sino cuando te sienta ya con más ánimo, con más fuerza.

Adiós, con mil caricias, con mis más dulces pensamientos.

Mañana, 22, Helios resucita;
es el Solsticio de Invierno; la vuel-
ta de la Vida. Eso es lo que sig-
nifica la Navidad: el Dios-
niño
de nuestros Nacimientos.

Yo he comenzado un trabajo
Que se llamará Helios me
dijo, y que será el resumen
de lo que yo siento y creo ahora.

El trabajo de “Lo que nos
enseñaron los maestros”, lo envié
al “Repertorio” con el título de
“La Religión Universal”.



26 de octubre de 1927.

Querida hijita dulce y santa.

¿Con que pagarte tus finezas? Todo lo que nos enviaste es bueno y llegó bien, y, sobre todo, para mí, tu gratísima carta. Que hayas estado, desde muy de mañana, el primer día de tu descanso, ocupada en preparar cosas para mí, es algo que no sé cómo agradecerte. ¿Tu clavaste la caja? Venía la tapadera asegurada con veintiún clavos, como para resistir un asalto. ¿Cuántos magullones te diste con el martillo? Pobrecita. Nadie hay en el mundo de mayor gentileza y finura de corazón que tú, ni más exquisita y delicada en sus cosas. No, nadie como tú, mi niña querida.

Hijita, pensé dedicar el día de ayer a escribirte muy largamente; pero estoy desde hace días con tal depresión de espíritu y de cuerpo, que me siento inepto para todo- Además, tenías tanto que hacer y tal necesidad de reposar estos tres días, que más valió, quizás, dejarte entregada a la quietud, ya que mis cartas son siempre atormentadoras e inquietantes.

Berta no vino hasta ayer tarde, y regresará el viernes: así que no le confiaré ningún trabajo, por lo breve de su visita.

Nela y mamá, contentísimas de ti, y muy conmovidas con que hayas pensado en los niños, para que disfrutaran de tus gracias al mismo tiempo que nosotros. En todo eres única, y yo soy verdaderamente ingrato y áspero al no sentirme constantemente dichoso con la dádiva celeste de tu corazón.

Hijita, cuento con tu palabra de que dejarás ese trabajo sino se logra pronto que sea llevadero. Si es preciso volver a tus clases, acuérdate que yo puedo ayudarte eficazmente a conseguir más horas de trabajo.

Me imagino que el nuevo año será más suave para ti, para nuestra Mechecitas, y para el querido, aturdido Pepito. Yo quería escribirle a cada uno de ellos algo muy cariñoso para el saludo de año nuevo; pero no me siento capaz, y así, te encargo a ti que eres tan dulce, de hacerles sentir bien cuanto los quiero y los recuerdo. A estar en mi mano, y si todavía sirviera yo de algo, emplearía mi vida en servirles a ellos y a unos pocos más, muy pocos, bien amados. Esto mismo quiero que lo digas a Sarita.

Hijita, no sé si cometeré un grande error, hablándote de esa idea sobre la que descansa *El Ensayo*, que ahora encuentro falsa del todo, aunque, felizmente, no desquicia el libro, que permanece firme en lo esencial. Pero como ya te insinué algo, y como no puedo llevar yo solo mis tristezas, voy a explicártelo, siquiera para no dejarte, a sabiendas, en lo que yo siento que no es verdad.

El yerro ha consistido en mi prurito, en mi hábito mental de buscar como fundamento para toda idea y doctrina, al Dios Personal, a ese hombre sublimado, buen papá, que es “todo bondad y amor”. Esta es una concepción muy grata, y muy cómoda para los que no tienen la desventura de preferir lo cierto a lo bonito; y yo he sido siempre un enamorado de lo bonito, en cuanto se refiere al Dios Usual, por quien sufrimos infinitas torturas mentales, a cambio de sacarle a él, con todas las medallas de honor destinadas a premiar la bondad, la generosidad, la ternura, y demás virtudes que constituyen nuestro ideal de hombre bueno.

(Dios.... Abismo y Tinieblas... pero no sabremos nunca vivir sin él.)

Pero lo cierto, lo que se ve y se toca, y se evidencia por sí mismo, es que ese Dios es una mera ilusión, forjada por nuestro anhelo de tener a quien quejarnos, a quien pedir socorro, alivio y consolación. No hay error de más bulto que hallar total bondad en la vida: no solo en el hombre, sino en todos los seres que conocemos, sin excluir las piedras, reina y predomina la crueldad, la indiferencia al dolor, el aplastamiento de todos por todos, a trueque de satisfacer las exigencias o las locuras del vivir. Sin duda que también hay bondad, a ratos, en ciertos seres; pero imaginarse que todo es bondad, valdría como pensar que, en tu casa, todos son como tú.

Lo que, si hay en El Universo, o sea en la vida que esta fuera de nosotros, es un orden tremendo, irrestricto, inalterable, que no hace ni admite excepciones. Es un orden que abarca el bien el mal, la compasión y la crueldad, y que revela no precisamente una inteligencia suprema, sino una Voluntad Suprema. Un orden que no tiene corazón.

Es dentro de nosotros, en nuestra alma, donde existe y lucha y se agita la bondad, el anhelo de concordia, en ansia de bien y de armonía, un Dios o Cristo latente, preso y amordazado por la naturaleza exterior, en el cual se incluye nuestro cuerpo y nuestro ser anímico.

Así pues, el Dios que hemos concebido y amado, no existe sino en nuestro espíritu, y no se manifiesta sino actuamos nosotros. Orden, Fuerza y Voluntad, en lo exterior; anhelo de comunión, de justicia y de bondad, en lo interior de cada ser: eso es todo. Nada más sabemos; nada más es demostrable, y por eso es que Budha y otros, hicieron sus religiones, sin Dios; porque apoyarse en esa palabra, es apoyarse en un Abismo.

Todo, esto dicho a grandísimos rasgos, más bien para que tú lo reflexiones y detalles.

Ahora bien, entrando en el terreno sólido y claro de la vida, si dos cuerpos iguales, exactamente iguales en todo, reciben primitivamente un impulso igual, y se mueven en un medio absolutamente, constantemente igual, es evidente que jamás se producirá ninguna diferencia en su marcha: toda diferencia supondría una alteración en el medio de cada uno, o en el impulso de que les mueve. Dos pájaros de igual vuelo, de igual instinto, de iguales necesidades, viviendo en un bosque todo él igual, tendrían siempre costumbres iguales, canto igual, plumaje igual, etc. Dicho de otro modo: si todos los factores determinantes son iguales, todas las manifestaciones serán iguales; si no hay ninguna diferencia en las causas, no puede haberla en los efectos.

Apliquemos la teoría del caso del hombre: si Dios, o lo que sea, formó iguales a todos los hombres, y los colocó en medios iguales; si les dio igual cerebro, igual corazón, igual estructura corporal, y luego les colocó en medios iguales; si nunca el imprimió ninguna diferencia en sus móviles, ni en el medio en que actuaban esos móviles, ¿cómo habría ninguno de ellos diferenciarse de los otros ni en tendencia ni en actos? Tanto valdría eso como aclarar falsa la Ley de causalidad, que, justamente, es lo único que concebimos como cierto e inalterable, ahora, y en la eternidad.

¿Entonces?... Entonces, yo no sé cómo fueron hechos los hombres, ni por quien. Yo no sé nada de Dios, ni como es, ni como actúa, ni siquiera si es o actúa. No sé nada, ni puedo saber nada; y si tengo entendimiento valeroso, me diré que no debo apoyar ni mis ideas ni mis sentimientos, ni

construcción ninguna de ideas o de conducta, solo “Lo que no sé, ni puedo saber”. Salvo que, saliendo del terreno de la razón, quiero entrar en el de la fe, que no razona, ni busca demostraciones de ningún género.

En cambio, sí sé, que los hombres, que todas las criaturas padecen; que la vida es dolor, y que, sin la compasión, sin la ayuda mutua suave y cordial, el dolor inevitable de la vida, se aumenta y recrudece.

Y, además, sé, que algo me impele a compadecer a todo el que sufre, a servirle, ayudarle, consolarle; que, si no obedezco esa voz interior, sufro, me siento desgraciado, y que, si la obedezco, me siento dichoso, o por lo menos, consolado.

Esas dos realidades: una inferior y la otra exterior, son mi brújula, mi guía. La una, es el medio en que actúo; la otra, es la fuerza que me impele. Y todo lo demás, en cuanto y en primer lugar el Papá Celeste, toda dulzura, amor, ternura, perdón, etc, etc., es quimera, y quimera muy perjudicial, porque me lleva a esperar de él, lo que no puede venir sino de mí.

Aún queda una tercera faz de esta triple verdad, relativa a cómo puedo yo actuar en presencia del orden cósmico, de manera que su territorialidad no me aplaste.

De eso hablaremos en otra. Por hoy, dime si me he explicado, y los pensamientos que esto te sugiere.

Adiós hijita- Tú por lo menos, eres para mí una realidad, divina y dulce, y la única ya que puede llenar, o consolar, el vacío de mi corazón y de mi espíritu.

MISIÓN

“Formar profesionales con excelencia académica y calidad humana, impartiendo una educación integral, que los disponga a aprender y compartir conocimientos de vanguardia, contribuyendo a la evolución de la sociedad, la ciencia, la tecnología y la cultura, a nuevos ámbitos de desarrollo”

VISIÓN

“La USAM aspira a ser líder en la formación sostenible de los estudiantes como personas de bien, orgullosos de su profesión y casa de estudios, mediante el empleo racional y creativo de recursos y procesos educativos, en beneficio de la sociedad y su desarrollo”

Hace décadas cuatro para ser exactos, comenzamos; claramente con ilusiones y sueños a tratar de poner nuestra contribución a fin de incorporar elementos formativos a una sociedad y juventud ansiosa de conocimientos; naturalmente con algo de frustración, por los acontecimientos de la época en esa oportunidad realizamos un amplio análisis de diferentes personalidades que a nuestro juicio pudieran contribuir a enaltecer los verdaderos valores de nuestra nacionalidad. Dentro de ese análisis naturalmente fueron puestos en perspectiva diferentes personalidades que han convertido nuestro país en un lugar importante, no obstante ello, cuando nuestro análisis se centró en la parte educativa; los compromisos adquiridos y la forma magistral en que fueron desarrollándose inmediatamente surgió la figura relevante de nuestro querido Alberto Masferrer, quien con su esfuerzo quiso moralizar a la sociedad a fin de que fuera más justa y equitativa y busco afanosamente hasta su muerte aquellos derechos y deberes que permitieran al conjunto de sus individuos satisfacer las necesidades básicas a lo que el llamo *Minimum Vital*; desde esa perspectiva fue y será sin ninguna duda uno de los pensadores centroamericanos más originales, en la medida en que rompió moldes y abrió nuevos caminos en muchos campos.

Por esa razón, no dudamos ni un solo instante en que nuestra querida Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer llevase con justo orgullo el nombre de ese ilustre pensador salvadoreño, y a partir de ese pensamiento y decisión hicimos todo lo que las leyes del país establecían en la época, para que nuestro sueño de fundar una nueva universidad fuese una verdadera realidad. En ese orden el día 24 de noviembre de 1979, queda fundada en San Salvador capital de la república la Universidad Salvadoreña Alberto Masferrer. Siendo la primera universidad privada en impartir las carreras de Ciencias de la Salud humana y Animal y la tercera en Ciencias Jurídicas.

Desde aquel hermoso inicio, hemos puesto todo nuestro esfuerzo y sacrificio en hacer que el nombre del ilustre maestro de maestros Alberto Masferrer se sienta cómodo desde la augusta presencia celestial en nuestro trabajo, el que para decirlo con toda propiedad de ninguna manera ha sido fácil, pero la providencia en el esfuerzo constante y decidido de generaciones y generaciones de alumnos; docentes; personal administrativo ha hecho posible que podamos decir con orgullo cuarenta años después de aquel hermoso momento; hemos cumplido, nuestra universidad se siente vigorosa y fuerte y con la intención firme y decidida de retar al futuro no solo para transformarlo; pero también para convertirlo en oportunidades para las actuales y futuras generaciones de estudiantes; profesores, así como de todos los colaboradores que día a día esperan que su esfuerzo cotidiano de los frutos que espera nuestra patria: Ser grandes.